

DIMENSIÓN PROFÉTICA DEL TEÓLOGO EN EL SIGLO XXI DE AMÉRICA
LATINA.

FR. PEDRO ANTONIO DUITAMA FONSECA, OAR.

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

BOGOTÁ, D.C.

2008

DIMENSIÓN PROFÉTICA DEL TEÓLOGO EN EL SIGLO XXI DE AMÉRICA
LATINA.

FR. PEDRO ANTONIO DUITAMA FONSECA, OAR.

Trabajo para obtener el título de Licenciatura en Teología

Director:
MARTÍN BELLEROSÉ
Doctor en Teología

Asesor metodológico:
JOSÉ FERNANDO RUBIO
Magister en Lingüística

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

BOGOTÁ, D.C.

2008

Nota de aceptación:

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Bogotá, D.C., 27 de Octubre de 2008

A LA ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS EN SU PROVINCIA
DE NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA

AGRADECIMIENTOS

El autor expresa sus más sinceros agradecimientos a todas aquellas personas que, de una u otra forma, han contribuido en la realización de este trabajo de investigación teológica.

A mi familia por su constante preocupación en la realización del trabajo.

A los profesores Martín Bellerose, José Fernando Rubio y María Elizabeth Coy, por sus valiosos aportes en el desarrollo de cada capítulo.

A Fray Juan Harvey Ballesteros por su constante motivación en la elaboración de este trabajo.

A la Provincia de Nuestra Señora de la Candelaria en la Orden de Agustinos Recoletos

RAE

- 1. TIPO DE DOCUMENTO:** Trabajo para obtener el título de Licenciatura en Teología
- 2. TÍTULO:** Dimensión profética del teólogo en el siglo XXI de América Latina.
- 3. AUTOR:** Pedro Antonio Duitama Fonseca
- 4. LUGAR:** Bogotá
- 5. FECHA:** Noviembre 21 de 2008
- 6. PALABRAS CLAVE:** Vocación del Teólogo, El Profeta, Dimensión Profética del Teólogo, Secularización, Globalización, Quehacer Teleológico, Método Teológico; Dimensión Profética.
- 7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO:** El desarrollo del trabajo está organizado en tres momentos. En un primer momento se definirá qué significa ser teólogo hoy en América Latina y cuál es su quehacer en el siglo XXI. En un segundo momento conocer los aportes dados por parte de las Conferencias Episcopales de América Latina, en especial Aparecida acerca del papel del teólogo, e identificar cuál es su función en la Iglesia. En un tercer momento la dimensión profética del teólogo como reto ante una sociedad secularizada.
- 8. LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN:** Cuestiones de teología práctica en referencia a la dimensión profética del teólogo hoy.
- 9. FUENTES CONSULTADAS:** BARTH, Karl. Introducción a la Teología Evangélica. Salamanca: Sígueme, 2006; SALAS, Antonio. Los Profetas, heraldos del Dios que actúa. Madrid: Paulinas, 1993; SICRE, José Luis. El profetismo en Israel. Estella: Verbo divino, 1998; TILLICH, Paul. Se conmueven los cimientos de la tierra. Nueva York: Ariel, 1968; BENEDICTO XVI. Dios es amor. Bogotá: San Pablo, 2006; BERRIO, Mary. Paz para el desarrollo y desarrollo para la paz. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 746 (jul. 2008); BERZOSA, Raúl. Hacer teología hoy. Madrid: San Pablo, 1994; CASALDALIGA, Pedro. Espiritualidad de la Liberación. Bogotá: Paulinas, 1992; CASTILLO, José María. Dios y nuestra felicidad. 8 ed. Bilbao: Desclée. 2006; CONCILIO VATICANO II. Constitución dogmática Gaudium et Spes. Madrid: BAC, 1973; CORREA, Germán. La voz de los profetas. 2 ed. Bogotá: universidad santo Tomás, 1999; DENIS, Henri. Teología ¿para qué? Bilbao: Desclée, 1981; DOLORES, Aleixandre. Profetas alcanzados y “alterados” por Dios. En: Sal Terrae. Madrid. No. 78. (feb. 1990); DULLES, Avery. El Oficio de la Teología: del símbolo al sistema. Barcelona: Herder, 2003; DUQUOC, Christian. El destierro de la Teología. París: Mensajero, 2006; GARCÍA, Javier. Consagradas Escrituras: Sobre el papel del teólogo y la teología para hacer historia con sentido y ciudadanos libres. Madrid: Machado libros, 2002; GEREST, C. Existencia Cristiana del Teólogo. T. 3. Madrid: Cristiandad, 1971.
- 10. CONTENIDOS:** Identidad, vocación y misión del teólogo hoy, quién es el teólogo, vocación y vida del teólogo, quehacer del teólogo en América Latina, el teólogo y su pueblo, el teólogo: profeta a la luz del documento de la quinta conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe, realidad del pueblo latinoamericano hoy, Dimensión profética del teólogo como reto ante una sociedad secularizada, conclusiones, bibliografía.
- 11. METODOLOGIA:** El método que se utilizó en la investigación fue el de: ver, juzgar y actuar, según Casiano Floristán. Es decir: Ver (Acontecimiento) se Identificó a partir de lo escrito quién es el teólogo y qué papel juega en la sociedad actual fragmentada por las injusticias. Juzgar (Profecía) se conoció los aportes dados por el magisterio. Actuar (Conversión) Se dilucidó una posible respuesta de lo que debe ser la dimensión profética del teólogo en una sociedad secularizada.
- 12. CONCLUSIONES:** se logró comprender que el teólogo por vocación, se entrega al estudio de un acontecimiento que hunde sus raíces en el pasado, que como hijo de su tiempo, cargado de las provocaciones y tenciones del presente, produce instrumentos para que ese acontecimiento sea comprensible y significativo para el mundo de hoy. En otras palabras, el teólogo católico es aquel miembro de la Iglesia a quien por medio de su comunión de vida en la fe y sus estudios y competencia le cualifican para promover, según el método científico propio de la teología, una experiencia más profunda de la Palabra de Dios y así ejercer la enseñanza de una manera digna.

CONTENIDO

	Pág
INTRODUCCIÓN	9
1. PRESENTACIÓN DEL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN	12
1.1 PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	12
1.2 ANTECEDENTES.....	13
1.3 JUSTIFICACIÓN.....	13
1.4 OBJETIVOS.....	15
1.5 METODOLOGÍA	16
2. IDENTIDAD, VOCACIÓN Y MISIÓN DEL TEÓLOGO HOY	18
2.1 QUIÉN ES EL TEÓLOGO	18
2.2 VOCACIÓN Y VIDA DEL TEÓLOGO	21
2.3 QUEHACER DEL TEÓLOGO EN AMÉRICA LATINA	24
2.4 EL TEÓLOGO Y SU PUEBLO	30
3. EL TEÓLOGO: PROFETA A LA LUZ DEL DOCUMENTO DE LA QUINTA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE.....	34
3.1 REALIDAD DEL PUEBLO LATINOAMERICANO	34
3.2 EL TEÓLOGO, MEDIADOR EN EL PROCESO DE TRANSFORMACIÓN DEL PUEBLO LATINOAMERICANO	46
3.3 DE LA DISCIPLINA COMO TAL AL HOMBRE DE LA DISCIPLINA	50
3.4 DECÁLOGO DEL TEÓLOGO A LA LUZ DEL DOCUMENTO DE APARECIDA	56
4. DIMENSIÓN PROFÉTICA DEL TEÓLOGO COMO RETO ANTE UNA SOCIEDAD SECULARIZADA	62
4.1 PERSPECTIVA DEL TEÓLOGO EN DOS MOMENTOS.....	63

4.1.1 El teólogo desde una fe provocada a una fe provocadora.	63
4.1.2 El teólogo en su misión profética de la Iglesia como denunciador de las injusticias.	65
4.2 TENSIÓN ENTRE: EL SER PROFETA Y EL SER TEÓLOGO EN LA SOCIEDAD DE HOY	72
CONCLUSIONES	79
BIBLIOGRAFÍA	82

INTRODUCCIÓN

El nacimiento de esta investigación surgió, a partir de la situación actual de América Latina, donde proliferan las ofertas ideológicas más diversas, no pocas de ellas situadas en lo que se ha dado en llamar «cultura de la increencia». Así por tanto, nos preguntábamos cómo el teólogo puede hacer llegar a nuestros contemporáneos, de forma sugestiva y adaptada a sus necesidades, el anuncio de la salvación de Dios en Jesucristo, motivando a una recuperación del rostro paterno de Dios ante las injusticias, opresión, pobreza, violencia...desde una dimensión profética. Y, después de hacer una investigación de dichos elementos constatamos que sí es posible una dimensión profética del teólogo hoy en América Latina.

Con el presente trabajo de investigación, se trata de analizar en qué consiste la dimensión profética del teólogo en América Latina, con el objetivo de identificar elementos que lo caracterizan con el perfil del profetismo preexílico. No pretendiendo hacer un estudio determinado del profetismo bíblico, se quiere tomar algunos de estos elementos propios del profeta (anunciar y denunciar), e identificarlos con el teólogo latinoamericano en su quehacer teológico del siglo XXI; con los cuales puede dar respuesta a los problemas actuales, a partir de las fuentes de una teología moderna iluminada desde el Magisterio; encarnando unas cualidades como el ser orante, humilde, mistagogo, fiel, obediente a la verdad, en un mundo secularizado, donde las huellas de Dios parece que se van borrando.

Nadie pone en duda que, gracias al aporte de los profetas, pudo aquel pueblo consolidar su identidad. Esta tarea desde su quehacer teológico la tiene el teólogo, pues, quién más que él para conmover la historia del pueblo en marcha, cuya indolencia urge sacudir.

En la actual América Latina donde proliferan las ofertas ideológicas más diversas, no pocas de ellas situadas en lo que se ha dado en llamar «cultura de la increencia», es tarea ineludible de los teólogos, hacer llegar a nuestros contemporáneos, de forma sugestiva y adaptada a sus necesidades, el anuncio de la salvación de Dios en Jesucristo.

El desarrollo del trabajo está organizado en tres momentos. En un primer momento, se puntualizará quién es el teólogo, su vocación y vida, su quehacer teológico, el teólogo y su pueblo hoy en América Latina en el siglo XXI. Todo esto a partir de lo escrito sobre el teólogo en los documentos del Magisterio y textos que hacen referencia a él mismo. Además, qué papel juega en la sociedad actual fragmentada por las injusticias desde su llamada.

En un segundo momento, se abordará el teólogo (profeta) a la luz del documento de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el que se hará referencia a algunos momentos por lo que atraviesa la sociedad en la actualidad. Además, el pueblo latinoamericano está viviendo un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga de alguna manera por nuevas turbulencias sociales y políticas. En su desarrollo encontramos un contexto de la realidad del pueblo latinoamericano hoy, el teólogo: mediador en el proceso de transformación del pueblo latinoamericano, de la disciplina como tal al hombre de la disciplina y por último, un decálogo del teólogo a la luz del documento de Aparecida.

En un tercer momento, se dilucidará una posible respuesta de lo que debe ser la dimensión profética del teólogo en una sociedad secularizada. Allí se plantean algunos cuestionamientos como por ejemplo ¿Qué clase de profetismo necesitamos hoy? ¿Qué efectos genera la entrada del siglo XXI? Además, temas como perspectiva del teólogo en dos momentos, es decir, el teólogo desde una fe provocada a una fe provocadora y el teólogo en su misión profética de la Iglesia

como denunciador de las injusticias. Y por último, una tensión entre el ser profeta y el ser teólogo en la sociedad de hoy.

En definitiva, el ser teólogo desde una dimensión profética hoy equivale a ser consciente de los retos y problematicidad que le rodean. No se concibe por tanto, un profetismo en el hoy de América Latina, que sea anuncio vacío, espiritualismo desencarnado, descontextualizado de la realidad, carente de testimonio y falta del mensaje esperanzador donado por Jesucristo a la humanidad.

1. PRESENTACIÓN DE PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

1.1 PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Hoy en América Latina, donde proliferan las ofertas ideológicas más diversas, no pocas de ellas situadas en lo que se ha dado en llamar «cultura de la increencia», es tarea ineludible de los cristianos, y particularmente de los teólogos, hacer llegar a nuestros contemporáneos, de forma sugestiva y adaptada a sus necesidades, el anuncio de la salvación de Dios en Jesucristo.

En este anuncio vimos la necesidad de subrayar aquellos aspectos en los que nuestra sociedad se muestra más deficitaria como: la recuperación del rostro paterno de Dios; la fundamentación de una auténtica fraternidad interhumana que sepa contrarrestar los fermentos de insolidaridad, egoísmo personal y colectivo que se transparentan en la injusticia y pobreza; la elaboración de una ética que oriente en el respeto a los valores irrenunciables de la vida individual y social; la interpretación de la realidad en clave de las «últimas realidades» y la apertura esperanzada al futuro que nos abren esas realidades escatológicas.

En la actualidad, es necesario el esfuerzo de los teólogos para acercar el mundo contemporáneo al Dios vivo y así ayudar al hombre de hoy a que recupere su humanidad.

Creemos que particularmente en estos «tiempos recios», la tarea principal del teólogo debería ser ayudar tanto a los miembros de la Iglesia como a los que están fuera de ella a encontrar y seguir hoy los caminos de Dios. En un mundo secularizado, donde las huellas de Dios parece que se van borrando, la tarea más urgente de la teología radica en concentrarse en el Dios revelado en Jesucristo como origen y base firme de nuestra vida, como núcleo totalmente irrenunciable de nuestra fe, fuente de la dignidad de la persona humana y exigencia radical de

humanización¹. Por esta razón, podemos preguntarnos ¿Cuáles son los elementos que deberían caracterizar la dimensión profética en el quehacer teológico del teólogo del siglo XXI en América Latina? En una sociedad nueva, compleja, fragmentada, globalizada y rodeada de retos.

1.2 ANTECEDENTES

De acuerdo con las investigaciones realizadas en las bibliotecas de la Universidad de san Buenaventura, Javeriana, y en la biblioteca del Itepal, no encontré temas a fines a lo que quiero abordar en esta investigación como es la dimensión profética del teólogo del siglo XXI en América Latina. Sí, por el contrario encontré temas como la dimensión profética del educador por Mario L. Peresson Tonelli “Misión profética de la educación Católica en los umbrales del tercer milenio”²; del político, el sacerdote y, una extensa bibliografía del papel del profeta a nivel general como por ejemplo el libro “Los Profetas heraldos del Dios que actúa”³ de Antonio Salas. Por esta razón, vimos conveniente hacer una aproximación de la dimensión del teólogo como profeta en América Latina, hoy donde la figura del profeta y del teólogo está olvidada tanto por los mismos teólogos como por la sociedad.

1.3 JUSTIFICACIÓN

Los seres humanos, cuando nos sonrío el destino, tendemos con mucha facilidad a olvidarnos de Dios. Mejor aún, interpretamos los logros como fruto exclusivo de nuestro esfuerzo, lo cual se convierte en motivo de infidelidad al amor de Dios. Esto se dio en tiempos antiguos y se sigue dando hoy expresado bajo otros parámetros. Lo cierto es que Dios brindó al pueblo profetas que tendrían la tarea de hacer caer en cuenta a aquellos que estaban influenciados por el error de que su actuar no correspondía con su fe.

¹ Cf. SALAS, Antonio. Los profetas heraldos del Dios que actúa. Madrid: Paulinas, 1993. p. 71.

² PERESSON TONELLI, Mario. “Misión profética de la educación Católica en los umbrales del tercer milenio. Bogotá: Salesiana, 1998.

³ SALAS, Op. cit., p. 159.

Por otra parte, para ser un buen teólogo cristiano, se precisa una plena identificación con Cristo, tener sus mismos ideales, sus actitudes, sus sentimientos, sus modos de hacer y de decir; y también ser personas profundamente comunitarias, que consuelen, edifiquen y exhorten, porque el teólogo desde una dimensión profética no está por encima de su comunidad a la que pertenece, sino dentro de ella y sirviendo a todos.

De este modo, el ser teólogo hoy es un acto de coraje, riesgo y a la vez ruptura de aquellas estructuras que desvirtúan la imagen del hombre creado a imagen de Dios. Ser profeta es llevar la cruz con esperanza, como Cristo profeta. No se concibe un profetismo en el hoy de América Latina, que sea anuncio vacío, espiritualismo desencarnado, descontextualizado de la realidad. Por otra parte, el teólogo como profeta lanza preguntas que se desearía no fuesen formuladas, pone el dedo en la llaga, consuela, anima y corrige. Su exigencia da respuesta a Dios, lanza una palabra transformadora de la historia de los hombres.

El profetismo en América Latina hoy debe presentarse como presencia de Dios ante el vacío que hombres y mujeres que sufren en la actualidad. De igual modo, el teólogo antes que todo ha de hacer una opción apoyándose en los indicios simbólicos de su experiencia de Dios, su experiencia consigo mismo y su experiencia con los demás. Sin duda, hoy más que nunca, vemos la necesidad que el teólogo encarne, ejerza su dimensión profética y sea esa consciencia de la sociedad que no se preocupa por la degradación cada vez más grande de sus relaciones interpersonales.

Esto permite pensar que es posible esbozar una dimensión profética del teólogo en el siglo XXI, a partir de su quehacer, como aquel que mantiene despierta la conciencia de los creyentes ante los desafíos que el mundo moderno les plantea en su camino hacia la santidad. De igual manera el ser profeta es algo que le pertenece al teólogo. Además, es pertinente estudiar este tema en la teología porque no se ha reflexionado la dimensión profética del teólogo como sí se han

estudiado desde el ámbito del sacerdote, educador, político. Y, no partiendo de cero pretendo realizar este trabajo, sino de una experiencia acumulada de todo un estudio del papel del profeta y de la tarea del teólogo, es así como surge la idea de cómo hacer que el teólogo transparente esa dimensión profética en el hoy, teniendo en cuenta lo anteriormente mencionado. Por esta razón, veo la necesidad de hacer una aproximación al tema, y así poder dar una respuesta del cuestionamiento que se hace del quehacer del teólogo del siglo XXI ante unas necesidades propias de nuestra época.

1.4 OBJETIVOS

El objetivo general

Proponer elementos que caracterizan la dimensión profética del teólogo en América Latina y su quehacer en la Iglesia del siglo XXI, con los cuales puede dar respuesta a los problemas actuales, a partir de las fuentes de una teología moderna iluminada desde el Magisterio.

Los objetivos específicos

1. Definir qué significa ser teólogo hoy en América Latina y cuál es su quehacer en el siglo XXI.
2. Conocer los aportes dados por parte de la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe acerca del papel del teólogo e identificar cuál es su función en la Iglesia.
3. Dilucidar una posible respuesta de lo que debe ser la dimensión profética del teólogo en una sociedad secularizada.

1.5 METODOLOGÍA

Enfoque, tipo de investigación

Con base en la propuesta hecha por Casiano Floristán en su libro Teología Práctica⁴ y teniendo en cuenta el enfoque de este trabajo comprenderá los siguientes pasos:

- 1- Se identificó las características propias del teólogo hoy en América Latina.
- 2- Buscamos elementos que definieron el rol del teólogo a partir en su quehacer teológico.
- 3- Se identificó la dimensión profética del teólogo a partir de los documentos de las conferencias generales del Episcopado en particular el documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.
- 4- Se escudriñó elementos que sostienen que el ser profeta es algo que le pertenece al teólogo.
- 5- Se hizo comparación entre: el ser profeta y el ser teólogo en una sociedad secularizada

Metodología de trabajo

El método que se siguió fue el de: ver, juzgar y actuar, según Casiano Floristán.

- Ver (Acontecimiento) Se Identificó a partir de lo escrito quién es el teólogo y qué papel juega en la sociedad actual fragmentada por las injusticias.
- Juzgar (Profecía) Se conoció los aportes dados por parte de la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe acerca del papel del teólogo e identificar cuál es su función en la Iglesia.

⁴ Ibid.

- Actuar (Conversión) Se dilucidó una posible respuesta de lo que debe ser la dimensión profética del teólogo en una sociedad secularizada.

2. IDENTIDAD, VOCACIÓN Y MISIÓN DEL TEÓLOGO HOY

2.1 QUIÉN ES EL TEÓLOGO

De entrada se puede afirmar que el teólogo es un creyente insertado en la Iglesia y un creyente que comparte la visión y esperanza transmitidas por la fe de la Iglesia que por siglos se ha mantenido. “Consideramos al teólogo como creyente, a pesar de sus dudas y de su desespero, y asimismo como miembro de la Iglesia, por el poder del cual se cumple todo quehacer teológico, a pesar de su falta de certeza”⁵. Además, a partir del Vaticano II hasta nuestros días se han presentado diversas definiciones de lo que significa ser teólogo o a quién se le considera teólogo.

Según el criterio de la Comisión teológica internacional: “se llaman teólogos a los miembros de la Iglesia que, por su estudio, están cualificados para profundizar en la palabra de Dios según el método científico propio de la teología y que, por la misión canónica, están capacitados para la enseñanza”. El teólogo, desde otra definición, sería “un creyente inmerso en la comunidad al servicio de la Iglesia”⁶

El teólogo es un hombre de fe, científico y eclesial, y al igual un dialogante y presentador del mensaje a los hombres de su tiempo, presentando posibles soluciones a las problemáticas con un tinte de esperanza. Desde esta perspectiva el teólogo es un puente entre el magisterio eclesial y la comunidad de creyentes rodeada de lo sociocultural de su tiempo.

Justamente el Papa Pablo VI en el discurso a los teólogos del congreso internacional sobre la teología el primero de octubre de 1966 insistirá en la figura del teólogo como “mediación” entre el magisterio y la comunidad creyente, en la doble dirección que va del magisterio a la comunidad y de la comunidad al

⁵ TILLICH, Paul. Se conmueven los cimientos de la tierra. Nueva York: Ariel, 1968. p. 199.

⁶ BERZOSA, Raúl. Hacer teología hoy. Madrid: San Pablo, 1994. p. 204.

magisterio. Todo ello sin olvidar su compromiso de evangelizar el mundo ya sea con sus escritos o su testimonio de vida que es fundamental en el teólogo⁷.

El teólogo es una persona que pone su mirada en Dios, con una actitud interior de reverencia, de humildad, de búsqueda de la verdad. Juan Pablo II sin ir a cosas extrañas precisa la figura del teólogo a partir de la definición misma de la teología: “La teología es una ciencia eclesial, porque nace, crece y actúa en la Iglesia. Está al servicio de la Iglesia y, por otro lado debe saberse dinámicamente integrada en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética”⁸.

Así, por tanto, el Vaticano II, desde el punto de vista de los contenidos, dice:

Es propio de todo el pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y teólogos, explorar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la Palabra divina, a fin de que la verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada⁹.

El posconcilio nos presenta una figura del teólogo un poco diversa, pues, es denominado “legitimador” de la fe en la relación a la ciencia y a la sociedad misma. Es decir, el teólogo vendría siendo el mediador entre fe y cultura¹⁰

En el apartado del numeral 4 del documento “el teólogo y su función en la Iglesia”, nos dice que el teólogo es aquel que desempeña y tiene una función pública y un reconocimiento social por parte de las instituciones académicas; ha publicado escritos que recogen los resultados de una investigación seria que, tras haber sido analizados y criticados científicamente, son reconocidos al menos tácitamente por

⁷ Cf. Ibid., p. 205.

⁸ JUAN PABLO II. Discurso en la Universidad Gregoriana. 15 de diciembre de 1979. En: www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/index_sp.htm - 12k - (consulta día 22 de septiembre 2008).

⁹ GS. n. 44.

¹⁰ Cf. BERZOSA. Op. cit., p. 206.

la comunidad teológica; ejerce el magisterio público por la docencia y otras que hacen parte de su preparación y quehacer académico¹¹.

Es también fundamental que sus resultados de investigación y profundización en su tarea hermenéutica no contradigan la fe del pueblo de Dios, al contrario, ayude, en su caminar a todo aquel que recurra a él. Esto no quiere decir que, simplemente se limite a tener cautela – prudencia en su reflexión teológica, sino que sus escritos no sean causa de confusión a los que no han tenido acceso a unos estudios más profundos. Por el contrario, debe iluminar a través de su reflexión la realidad en todas las perspectivas posibles.

De igual manera, se puede pensar en el teólogo como aquel que, por vocación, se entrega al estudio de un acontecimiento que hunde sus raíces en el pasado, pero como hijo de su tiempo, cargado de las provocaciones y tensiones del presente, teniendo que producir instrumentos para que ese acontecimiento sea comprensible y significativo a la vez para el mundo de hoy. Además, como creyente, se ve llevado en su investigación por tal certeza de la fe, pero como científico está sujeto a las reglas del saber crítico¹².

En otras palabras, “el teólogo católico” sería aquel miembro de la Iglesia a quien por medio de su comunión de vida en la fe y sus estudios y competencia cualifican para promover, según el método científico propio de la teología, una experiencia más profunda de la Palabra de Dios y así ejercer la enseñanza de una manera digna.

Por último, veamos algunos autores como R. Fisichella, R. Winling y Ramón Echarren, quienes tienen un concepto propio de lo que es el teólogo¹³. R. Fisichella nos dice que no puede haber teólogo sin un largo período de

¹¹ Cf. COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE. 1989. El teólogo y su función en la Iglesia. 20 de octubre de 1989. En: www.conferenciaepiscopal.es/doctrina/rtf/EL%20TEÓLOGO%20Y%20SU%20FUNCIÓN%20EN%2 (consulta 10 de septiembre 2008).

¹² Cf. Ibid.

¹³ Cf. BERZOSA. Op. cit., p. 207.

aprendizaje que le capacite para adquirir una metodología propia, una suficiente memoria histórica y una capacidad probada de diálogo e investigación.

Por otro lado, R. Winling en su libro “La teología del siglo XX”¹⁴, menciona que es consciente de los retos y problematicidad que esperan al teólogo de nuestros días como por ejemplo: debe mejorar y clarificar las relaciones con el magisterio; redescubrir la experiencia viva de los cristianos como un lugar teológico privilegiado; hacer teología desde un necesario pluralismo; escribir una teología en diálogo interdisciplinar y, finalmente gozar de la suficiente y necesaria libertad para entregarse a la investigación.

Ramón Echarren¹⁵, quien afirma en su libro “Hacer teología, ¿desde dónde y para quién? Que el teólogo es un profesional de su ministerio, pero con un carisma al servicio del pueblo de Dios. Además, es muy claro al decir que, no es un mero experto al servicio del obispo, ni un guardián de la ortodoxia, ni un director de programas, ni un evaluador de pastorales. Por el contrario, debe hacer un discurso crítico de la fe, partiendo de la vida de la Iglesia actual, es decir, un discurso insertado en el mundo del hoy, capaz de transmitir al hombre del siglo XXI el mensaje liberador de Cristo.

2.2 VOCACIÓN Y VIDA DEL TEÓLOGO

Como en todo, el rol del cristiano en la Iglesia nace de un llamado particular de Dios, pues “la vocación específica del teólogo nace como despliegue de la vocación fundamental de la fe¹⁶”.

De igual manera y con más razón, el teólogo debe descubrir en su vida ese llamado que no es solamente para sí, sino que lo pondrá al servicio de los demás, a partir de ahí, determinar su identidad y su misión, así, cuando descubra el punto

¹⁴ WINLING, R. La teología del siglo XX. Salamanca: Sígueme, 1987. p. 344.

¹⁵ Cf. BERZOSA. Op. cit., 207 – 208.

¹⁶ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. El Don de la Verdad: Vocación Eclesial del Teólogo. Madrid: Palabra, 1993. p. 9.

de partida de su reflexión y su praxis teológica habrá determinado, hasta cierto punto, su acción. He ahí su coherencia de vida, fe y reflexión.

La vocación eclesial del teólogo se especifica hoy en el contexto eclesial trazado por el Vaticano II. Lo que quiere decir, que el carisma del teólogo, su vocación propia, debe, consiguientemente, desarrollarse en comunión afectiva y efectiva con la Iglesia. De igual manera, no es un espontáneo sino un enviado¹⁷.

La identidad que debe caracterizar al teólogo de hoy es su fidelidad a la Sagrada Escritura. Fidelidad aquí no significa ciego rigorismo semítico, antes bien, saber cómo actualizarla para que siga teniendo esa misma fuerza de antes, tanto en mi vida como en la de los demás. A la par con este ejercicio, hacer surgir una vida profética, buscando ser creativos y manteniendo un fiel respeto por el magisterio, esto será lo clave y lo complementario.

El teólogo se encuentra llamado hoy a ofrecer con responsabilidad su peculiar servicio, pues, su misión de teólogo ha de ser percibido y valorado por la comunidad eclesial y por el teólogo mismo, como una verdadera y propia vocación eclesial, es decir, “como un llamado específico, sostenido y plasmado como un don del Espíritu Santo (definido como carisma en *Donum Veritatis* n. 40), que configura un itinerario de *séquela Christi*, y un servicio indispensable, en la Iglesia y por la Iglesia al testimonio y al anuncio del Evangelio”¹⁸.

Podemos decir entonces que la vocación del teólogo está rodeada de unas características particulares como: el que habla - escucha en nombre de Dios, el que consuela, contesta y proclama las injusticias, el que se anticipa a la marcha salvífica del pueblo con su palabra inspirada en la revelación por Dios en el diario vivir de la humanidad, y por lo tanto, “tiene que hacerse todo para todos”¹⁹.

¹⁷ Cf. *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ TILLICH, *Op. cit.*, p. 200.

En lo que se refiere a la vida del teólogo podemos decir en un primer momento que su vida no se reduce a la investigación, lectura y reflexión; sino que su vida como teólogo va mucho más allá. Y cabe preguntarse con razón si esas obligaciones académicas (en los seminarios o facultades de teología) no pesan demasiado sobre el esfuerzo y la reflexión. Con esto no se pretende decir que el tiempo empleado en tales tareas tenga que cambiarse, sino al tono demasiado “clásico”, “magisterial” que adopta, incluso fuera de las aulas, su discurso teológico²⁰.

Con lo anterior, podemos preguntarnos ¿convendría hacer salir al teólogo de un ámbito demasiado escolar? ¿O no convendría más bien que la enseñanza se liberase del doctoralismo? Probablemente, las dos cosas o ninguna.

Lo cierto es que el teólogo logre encontrar el verdadero sentido de su vocación en las diferentes tareas que desempeña en el transcurso de su historia y en la realización de los demás creyentes, pues, “el teólogo se hace más visible cuando, en virtud de su competencia, fruto de su investigación e estudio personal enseña a los demás”²¹. En consecuencia, la vida del teólogo tanto en su misión como en su trabajo tiene un valor pastoral, evangelizador, anunciador y denunciador, al servicio de la integridad de la verdad y, en este sentido, participa de la misión profética e la Iglesia.

La humanidad del teólogo puede naturalmente tener las expresiones más diversas. No es extraño que se manifieste de manera sencilla por el gusto de la vida y de la felicidad. Algunos teólogos, y esto no es raro para nadie que sean aficionados a los viajes, al cine, al teatro, a las novelas, a la música, a las buenas amistades; lo cual no es incompatible con su búsqueda profunda de una palabra de Dios que habla realmente al hombre y lo libera. También hay que decir que otros teólogos son más “rudos”, en tales circunstancias, han de hallar su propio

²⁰ Cf. GEREST, C. Existencia Cristiana del Teólogo. T. 3. Madrid: Cristiandad, 1971. p. 408.

²¹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Op. cit., p. 22.

medio de comunicarse con los hombres, y todos sabemos cuán diversas son las posibilidades de comunicación.

2.3 QUEHACER DEL TEÓLOGO EN AMÉRICA LATINA

A lo largo de los siglos la teología se ha constituido progresivamente en un verdadero y propio saber científico. Por consiguiente es necesario que el teólogo esté atento a las exigencias epistemológicas de su disciplina, a los requisitos de rigor crítico y, por lo tanto, al control racional de cada una de las etapas de su investigación.

En esta perspectiva corresponde al quehacer del teólogo “asumir elementos de la cultura de su ambiente que le permitan evidenciar uno u otro aspecto de los misterios de la fe. Dicho quehacer es ciertamente ardua y comporta riesgos, pero en sí misma es legítima y debe ser impulsada”²².

Los retos del teólogo y de la teología hoy, son mostrarse ya no sólo como un quehacer científico teórico, los retos se inclinan a entender, buscar y a la vez mostrar el rostro de Jesús a los que más lo necesitan, pues los grandes cambios que suceden en la sociedad repercuten directamente en el quehacer teológico. Así, surgen nuevos sujetos que elaboran el pensar y el obrar teológico; para esto, la teología pide la atención de hombres y mujeres que se preguntan constantemente por el sentido de su existencia y por su destino último.

Teniendo claro lo anterior, el teólogo tiene a su disposición varias armas que le dan cierta ventaja sobre el explorador aficionado, es decir, un conocimiento global, pero seguro de los resultados de la exégesis y de la teología histórica, una noción comparativa de los distintos aspectos de la enseñanza revelada, una lectura de los mejores teólogos del pasado y del presente y, en fin, un análisis de las realidades

²² Ibid., n.10.

humanas evocadas por las palabras de la Escritura o los hechos de la historia de la salvación²³.

EL teólogo, en nuestra actualidad tendrían dos vertientes: una hacia adentro y otra hacia fuera.

Ad intra

Propongo 4 elementos de esta vertiente:

El teólogo hombre de fe: aunque esto pueda sonar como obvio, en el fondo no lo es. Hoy por hoy algo que la sociedad sufre es la pérdida de fe, y no me refiero a la fe entendida solamente como el alejamiento del culto o de verdades doctrinales, sino como aquella que posibilita el mirar la historia con ojos nuevos, con ojos de Dios y ver esperanza, hablar esperanza, aportar esperanza. La realidad nos está urgiendo a ser hombres de fe, que crean en lo que reflexionan y predicán, ya que a partir de ahí nos hacemos creíbles.

Ante esta situación, Paull Tillich en su libro ya citado “Se conmueven los cimientos de la tierra” nos dice que, en la actualidad nos encontramos con teólogos que viven alejados de la Iglesia cristiana y sus fundamentos, que no sienten la presencia del poder del Espíritu, que están vacíos de toda ciencia espiritual, pero que se plantean una y otra vez la pregunta teológica, la pregunta acerca de lo que constituye nuestro interés último y sus manifestaciones en Jesús como Cristo y, con esto ya se creen teólogos; concepción errónea de lo que dice de su vocación, pues ¿quién puede hablar de lo que no conoce, vive y ama?²⁴

La persona es pregunta por sí misma o búsqueda de sí misma. Si es así, necesitamos poder decir a quién le hace esta pregunta la persona o dónde se busca a sí misma. La respuesta es sencilla: pregunta con quienes convive

²³ Cf. GEREST. Op. cit., p. 407.

²⁴ Cf. TILLICH, Op. cit., p. 201.

concretamente y pregunta allí donde de hecho esta, en sus circunstancias y situaciones. Con las respuestas que los demás le den construye su identidad. Esto es un proceso consciente. La persona se es presente a sí misma como aquel yo que ya es; y también se es presente a sí misma como alguien que se está desarrollando.²⁵

Teniendo en cuenta lo anterior podemos decir que esto los hace buscadores, necesitados, frágiles, vulnerables y parciales. Pero no en una visión pesimista sino abierta al asombro, a la relacionalidad y a la trascendencia. Con esta claridad el teólogo se sabrá y experimentará compañero de camino, reparador de brechas (como diría Isaías) pero no el camino.

Creador de poesía: para algunos artistas, la música, la poesía provienen o surgen del silencio, allí es donde se escuchan y se dejan confrontar para hacer surgir como reacción a dicho silencio una expresión creativa de una realidad distinta.

El teólogo consciente de su realidad personal, social y de fe se deja tocar por ella, confrontado por el silencio como reacción, como impacto que causa lo inefable, lo que no podemos decir con palabras. Dicho de otra manera la conjunción de la Palabra de Dios, la realidad social con todos sus retos y mi condición humana me ponen delante de este silencio, que no es ausencia de palabra sino cuestionamiento ¿Para qué soy requerido infinitamente? Y lo que surge entonces, como en el caso del artista, es una manera de expresar la vida de forma creativa.

Testigo de la vida: en clave de Teología latinoamericana, el seguimiento, es donde profundizamos el conocimiento de Jesús de Nazaret, que esperamos con fe, tenga respuestas a la problemática actual. Seguir a Jesús desde la realidad implica reconocer al otro como sujeto, con una identidad, unos símbolos y un sentido de la vida. Implica entablar una relación fraterna y un proceso de

²⁵ Cf. ANDRADE, B. Cuéntanos tu experiencia de Dios. Reflexiones sobre el Dios cristiano. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2001. p. 34.

inculturación con el otro, que permita conocer el sentido de sus acciones, sus preocupaciones y las historias que lo han modelado. Esto cada vez más ya no desde un contexto de “cristiandad”, sino más bien de “diáspora”²⁶.

Esto último nos ayuda a pasar a la segunda vertiente: el papel del teólogo hacia afuera. Y lo primero que tendríamos que decir, es que desde nuestra experiencia cuando lo anterior, lo “*ad intra*”, no ha comenzado a hacer mella en el teólogo, difícilmente se podrá plantar como voz creíble en medio de la sociedad, más en los ambientes juveniles.

Ad extra

Como el profeta Ezequiel ante los huesos secos: hacia afuera el punto de partida es, como decía anteriormente, el ya no estar en un contexto de “cristiandad” y quizá lo primero que tendría que hacer el teólogo es renunciar a la “remodelación”, “reconstrucción” o “reaparición” de dicho contexto. Ezequiel ante la visión de los huesos secos renuncia a revivirlos, pero no a la esperanza de que en medio de esos huesos secos surja vida, es decir no revive lo antiguo sino que se crea una nueva vida.

Ante la realidad, el teólogo no debería caer en la tentación de revivir lo muerto, aprendiendo del profeta, cuya fe, confianza y sentido de realidad anteceden a la acción del Espíritu que hace surgir vida en lo seco. El teólogo entonces debería agudizar el lente, para descubrir la acción del Espíritu en aquellos lugares en donde la realidad esconde la vida para enseñarnos solo muerte.

El teólogo promotor de nacimientos²⁷: en la revelación de un “quien” se encierra la acción del hombre, dicha acción se va descubriendo en la medida en que se va revelando. A esta revelación Hannah Arendt llama nacimiento, es decir que se

²⁶ RÍOS Y VALLES, F. Jóvenes urbanos de inicios del siglo XXI. México: Salamanca, 2007. p. 21-28.

²⁷ Esta propuesta surge de la reflexión personal hecha sobre la teoría de Hannah Arendt en su libro “la condición humana”.

produce como un segundo nacimiento en la vida del hombre, ya que al manifestarse como un ser con acción uno se revela y da a conocer lo particular que tiene y lo particular que aporta. Esta capacidad toma en Arendt una gran relevancia al grado de llamarlo como “milagro”, el milagro que salva al mundo, ya que en lo que cada quien manifiesta de particular se le brinda a la humanidad una nueva oportunidad.

Para el teólogo ante un mundo fragmentario, creador de masas, en donde la dignidad del ser humano está constantemente amenazada, este nacimiento se presenta como la oportunidad de devolverle su dignidad de hombre e hijo de Dios al ser humano. Descubriendo en lo que el otro me aporta una manifestación de la divinidad.

En espacios de experiencia²⁸: el término experiencia es amplio, ya se trate de experiencia privada o de experiencia transmitida por las generaciones anteriores o por las instituciones actuales, se trata siempre de una adquisición convertida en un *habitus*. El término espacio evoca posibilidades de recorrido según múltiples itinerarios y, sobre todo de reunión. Este espacio de encuentro es necesario ya que el “nacimiento” del que hablamos antes sólo es posible en comunidad.

Y como vimos en la vertiente *ad intra* del teólogo es necesario comunicación con los demás, esto pone de manifiesto que también la fe es proceso de mutua comunicación, con sus tiempos, sus esperas, sus silencios y también momentos de profunda comunión, donde el anuncio del Kerigma es ante todo la experiencia de la comunión con Dios en la comunión participada entre nosotros. Comunión que venza la soledad deformante, le quite el poder que la angustia tiene sobre nosotros; nos sostenga en el sufrimiento y arreece la esperanza ante la muerte.

²⁸ RICOEUR, Paul. Tiempo y Narración. 3 ed. México: Sígueme, 2003. p. 939ss.

Con un horizonte de espera²⁹: el término espera es amplio y da cabida a la esperanza, al temor, al deseo, al querer, al cálculo racional, es decir a todas las manifestaciones privadas o comunes que miran al futuro. El término horizonte nos ayuda a señalar el poder de despliegue como superación que se vincula a la espera.

La praxis compasiva podría ser este horizonte de espera³⁰, con las siguientes características:

1. La mundialización: no entendida esta como producto de una globalización económica y de medios de comunicación, sino que puede ser leída como relatos multiformes de humanidad, donde cada cultura y cada persona constituye un verdadero interlocutor en la mediósfera. En esta perspectiva la teología cristiana puede construir una interpretación de la “catolicidad” no en términos de totalidad omniabarcante, sino en la asunción de un proceso de humanización donde las víctimas de la historia son memoria de una historia de reconciliación.
2. La experiencia espiritual: en donde se pone de manifiesto al Dios revelado por Jesús de Nazaret, el Dios que es donación extrema, fuente de vida en el amor incondicional y por lo tanto supera todas aquellas imágenes falsas que de él se han hecho.
3. En búsqueda de la fraternidad, es decir aquellas acciones o puntos que en medio de la vasta realidad nos hacen ver como hermanos.

El teólogo como hombre de discernimiento: la función del teólogo es facilitar el discernimiento de la realidad histórica. El quehacer teológico es “arrancarle los secretos a la vida”, recoger las dinámicas de vida y muerte que ya existen en la convivencia humana, desde una perspectiva de los pobres y un seguimiento a

²⁹ Ibid.

³⁰ Cf. MENDOZA, Op. cit., p. 46 – 52.

Jesús, para facilitar el discernimiento del grupo afectado por estas dinámicas, con el fin de potenciar la vida y hacer frente a la muerte.

Queda claro que hay diversos puntos que se podrían ahondar, otros que se podrían añadir, pero se subrayan estos que se consideran fundamentales en el quehacer del teólogo ante una realidad propia.

Para cumplir su misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza³¹.

En definitiva, es menester también que el teólogo no sólo sea un hombre que invite al compromiso, sino que además, de manera apremiante, todo su esfuerzo sea para acercar el mundo contemporáneo al Dios vivo y así ayudar al hombre de hoy a que recupere su humanidad. Creemos que particularmente en estos “tiempos recios”, la tarea principal del teólogo debería ser ayudar tanto a los miembros de la Iglesia como a los que están fuera de ella a encontrar y seguir hoy los caminos de Dios por medio del discernimiento de su propia vida. En un mundo secularizado, donde las huellas de Dios parece que se van borrando.

2.4 EL TEÓLOGO Y SU PUEBLO

Puede que a más de uno le parezca una aventura temeraria el lanzarse en nuestros días por los caminos de la teología y en sintonía de acompañar al pueblo, es cosa de personas entregadas y convencidas de su vocación, pues hacer teología no equivale a llevar a cabo una obra inocente ni intemporal. Y más cuando la teología pretende entre otras cosas afectar la forma en que entendemos nuestro modo de vivir, y atraer el corazón y los sentimientos hacia una vida más

³¹ GS, Op. cit., n. 4.

plena “en Cristo”; pero el esfuerzo que exige para ello es más gravoso que el que necesitan hacer quienes poseen ese corazón sabio.

Es evidente, “que no es posible mantener un discurso teológico independiente de la época en que se vive. Tanto la teología como el teólogo se hallan siempre situados”³². Es un teólogo raro el que trabaja aislado de aquellos con los que vive, sin un contexto real que lo lleve a la reflexión. “Podría parecer que la preparación y cultura del teólogo lo ponen aparte de los cristianos ordinarios, pero su relación se desvirtuaría si la teología expresara un arrogante desdén por el común de los miembros de la Iglesia”³³.

Habiendo analizado un poco la situación actual, es adecuado detenernos en un análisis, igualmente sumario, de la situación del teólogo y su pueblo. Al respecto podemos valernos de una gráfica comparación del gran filósofo danés Soren Kierkegaard, utilizada por teólogos como Harvey Cox y Joseph Ratzinger y es la del teólogo, ¿un payaso? veamos en qué consiste:

En un teatro se declaró un incendio en los bastidores. Salió el payaso a dar la noticia al público. Pero éste, creyendo que se trataba de un chiste, aplaudió. Repitió el payaso la noticia y el público le aplaudió más aún. Así pienso que perecerá el mundo: bajo el júbilo general de cabezas alegres que creerán que se trata de un chiste³⁴.

No sin razón puede afirmarse que el payaso es una imagen del teólogo y de su situación en el mundo actual. En efecto, como decía J. Ratzinger, los teólogos se hallan ante el difícil reto de “romper las formas fijas del pensamiento y del lenguaje, y en la de hacer ver que la Teología es algo sumamente serio en la vida de los hombres”³⁵.

³² DENIS, Henri. Teología ¿para qué? Bilbao: Desclée, 1981. p. 10.

³³ WICKS, Jared. Introducción al método teológico. Navarra: Verbo divino, 1998. p. 153.

³⁴ J. RATZINGER. Introducción al Cristianismo. Salamanca: Sígueme, 1987. p. 19.

³⁵ Ibid., p. 22.

Para muchos, las palabras del teólogo no son más que elucubraciones poéticas o míticas, que –como señalaba el «Círculo de Viena»– no son ni verdaderas ni falsas, sino simplemente “carentes de sentido”, y, por lo mismo, irrelevantes en el plano cognoscitivo. No tendrían nada que aportar³⁶. Sin duda esto es desalentador, pero a la vez –hay que decirlo– esta adversidad constituye precisamente una gran oportunidad para que los que no creen experimenten la credibilidad de la fe y que para que los que creen, creen mejor.

Obviamente, exige un profundo examen de conciencia que nos lleve a reconocer que también nosotros “podemos experimentar el poder amenazador de la incredulidad”³⁷. ¿Cómo estamos abordando la tarea de acercarnos a Dios? ¿Lo hacemos como respuesta a la Revelación de un misterio o confiando exclusivamente en la coherencia de un sistema?

Por soslayar esto, se ha incurrido muchas veces en el error de dotar a la fe de un lenguaje desencarnado, poco apropiado a la sensibilidad del hombre, como también en la continua infidelidad al hecho revelado. Podríamos, pues, preguntarnos sobre el camino que el teólogo y la teología debe seguir para abordar su tarea de diálogo con el pueblo de hoy con sus limitaciones, preocupaciones, esperanzas, y porque no decirlo con sus críticas al mismo teólogo.

Es necesario que el teólogo hable al mundo no de sus conceptos, sino del Dios con el que camina; no desde un planteamiento individualista o improvisado, sino desde la vida de su comunidad vital, que es la Iglesia. En ese sentido, es preciso volver a Jesucristo, su Palabra y su predicación, sumergiéndonos en ese misterio a través de la comunidad que comparte esa experiencia.

³⁶ Cf. SAHAGÚN, Juan. Dios: horizonte del hombre. Madrid: BAC, 1994. p. 104 - 106.

³⁷ RATZINGER, Op., cit. p. 23.

No se puede “partir de cero”. En efecto, el Reino de Dios está “en medio” de los discípulos (Lucas 17, 21); es a través de “las buenas obras” que conocemos de los demás, por las que glorificamos al Padre celestial (Mateo 5, 16); es “practicando la caridad” que los discípulos dan a conocer el rostro de Jesús (Juan 13, 35).

La comunidad cristiana es, pues, el «*ambiente*» del encuentro con la Revelación. Es el ámbito en el que hay que “compartir” para que la Revelación (con mayúscula) sea también para mí una “revelación” (con minúscula). Por esta razón, la centralidad de Jesucristo en el ayer, en el hoy y en el mañana dependerá de la forma como el teólogo lo muestre, sólo así, su reflexión tendrá asidero en la vida cristiana y en la vida del mundo, y sólo así ese vino nuevo podrá caber en estos odres, que se preparan cada día.

3. EL TEÓLOGO: PROFETA A LA LUZ DEL DOCUMENTO DE LA QUINTA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE

Estamos en un momento de cambio acelerado por lo que se refiere a la construcción social de la realidad de nuestro mundo, es decir, el uso convencional de términos como “globalización” y “mundialización” quiere expresar este cambio. Algunos analistas sociales dicen que estamos viviendo un cambio con expresiones como “un mundo desbocado, una segunda modernidad, un cambio de paradigma tecnológico, un mundo sin sentido, un cambio de civilización, etc.”³⁸.

Como todos los momentos críticos de la historia, también el actual está cargado de ambivalencia, es decir, es un momento de amenaza, como es la incertidumbre y el cambio en el siglo XXI es el conflicto armado, la emergencia pública del fenómeno paramilitar, el tráfico ilegal de productos de uso ilícito, el desplazamiento dramático de muchos pobladores de sus territorios, los cambios de rostros de la pobreza, las relaciones complejas con los países vecinos, la inseguridad ciudadana, y momentos positivos como el papel de la mujer en la sociedad, el protagonismo del laico, la democracia, las liberaciones de los secuestrados, la desmovilización de grupos alzados en armas, etc.

3. 1 REALIDAD DEL PUEBLO LATINOAMERICANO

El mundo al que dirigimos la mirada, refleja una situación especial, un momento histórico en el que convergen, de manera compleja, aspectos que dificultan a su vez una abstracción de la realidad, una plena conceptualización y una exposición omniabarcante.

³⁸ ZAMORA, José. Ciudadanía, multiculturalidad e inmigración. Estella: Verbo divino, 2003. p. 13.

Sin embargo, al teólogos le compete sentirse interpelado a discernir los “signos de los tiempos”, por muy difíciles que sean, a la luz del Espíritu Santo en esta sociedad globalizada y postmoderna. La lectura de los “signos de los tiempos” consiste en discernir la presencia y la actividad de Dios en los acontecimientos actuales de la historia presente, tratando de dilucidar los problemas y las oportunidades para dar respuestas adecuadas a la luz del Evangelio.

Es posible que el teólogo quiera mirar la realidad unilateralmente, ya sea desde lo económico, político, social, científico. Sin embargo, ninguno de estos criterios parciales logra proponernos un significado coherente para todo lo que existe. Por ende, “necesitamos una visión que tenga en cuenta una valoración del sujeto en sociedad. Las situaciones que vivimos son intensas, y la carga psicológica que provocan, hacen necesaria una propuesta que identifique al sujeto en situación y le dé posibilidades de mantener la confianza en el valor de su fe”³⁹.

Dirigiendo la mirada al contexto actual y desde la visión de la teología cristiana, y abriendo un poco más el horizonte de la realidad del pueblo latinoamericano, trataremos de plasmar de una manera sucinta tres puntos que envuelven la realidad que rodea a la sociedad de América latina, como son la situación sociocultural, situación económica y situación sociopolítica que de una u otra forma se encarnan y afectan la vida de hombres y mujeres de fe.

En la situación sociocultural que vivimos se constata un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural en el que se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios: “aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo...quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas”⁴⁰

³⁹ SUSIN, Op. cit., p. 127.

⁴⁰ CELAM, Aparecida. No. 56.

Se verifica, a nivel masivo, una especie de nueva colonización cultural por la imposición de culturas artificiales, despreciando las culturas locales y tendiendo a imponer una cultura homogeneizada en todos los sectores, es decir, esta cultura se caracteriza por la autorreferencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesita, ni del que tampoco se siente responsable. Es así como las relaciones humanas se consideran objetos de consumo, llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo⁴¹. También se verifica una tendencia hacia la afirmación exasperada de los derechos individuales (mí trabajo, mí salud, mí seguridad...), y subjetivos (el servicio, la responsabilidad...).

Otro aspecto importante en la situación sociocultural, es la migración que miles de personas de América Latina padecen todos los días. Se entiende por migrante a la persona que se desplaza geográficamente de un lugar a otro, generalmente por causas económicas o sociales. Dentro de este término, se entiende como inmigrante a la persona que ingresa a un lugar y como emigrante a la persona que sale de un lugar. Esta migración puede darse en el interior de un país o territorio y, se denomina migración interna; mientras que al exterior de un país o territorio se denomina migración externa⁴².

En Aparecida dice:

Hay millones de personas concretas que, por distintos motivos, están en constante movilidad. En América Latina y el Caribe constituyen un hecho nuevo y dramático los migrantes, desplazados y refugiados sobre todo por causas económicas, políticas y de violencia. Por ende, la Iglesia como Madre, debe sentirse a sí misma como Iglesia sin fronteras, Iglesia familia, atenta a al fenómeno creciente de la movilidad humana en sus diversos sectores. Por esta razón, los migrantes deben ser acompañados pastoralmente y no ser abandonados y excluidos de la sociedad⁴³.

⁴¹ Cf. Ibid., p. 33.

⁴² TÁMEZ, Elsa. Migración y desarrollo en la Biblia. En: http://justiciaypaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/Realidades%20Sociales/MIGRACION%20Y%20DESARRAIGO%20EN%20LA%20BIBLIA.pdf. (consulta día 24 de octubre de 2008).

⁴³ CELAM, Aparecida, Op. cit., No. 411 – 415.

Como vemos este fenómeno no es nada desconocido y nuevo para nadie, pues, encontramos algunos factores de atracción y/o de influencia sobre las migraciones, es decir, la globalización, la propaganda, el tráfico de personas, los desastres naturales, las diferencias de salario (lo económico). Pero ¿Por que migran las personas? Para responder a esta pregunta tenemos que hacer referencia a los factores determinantes de la migración que son tanto de expulsión como de atracción.

La inestabilidad social y política

En la historia de las migraciones constatamos que en los últimos cincuenta años se han dado cambios revolucionarios en nuestro continente. Hasta los años 50 (y en algunos casos hasta los 70) muchos países de América Latina fueron meta de fuertes inmigraciones: Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Venezuela atrajeron a millones de europeos y asiáticos. Luego vinieron la superación de la emergencia postbélica de Europa, la crisis petrolera y la llegada de las dictaduras de derecha en el sur o las revoluciones de izquierda en el centro de América. Debido a esas circunstancias, América Latina ya no era polo de atracción para emigrantes⁴⁴.

Hoy se sigue viviendo un clima de inestabilidad política y social, que ocasiona dos tipos de migraciones. Una de tipo masivo, como son el caso de la migración interna en Brasil o de los desplazados internos de Colombia que, bajo la amenaza de los alzados en armas y por vivir en zonas de conflicto, se ven obligados a marcharse del campo a las grandes ciudades en grupos de hasta 3.000 personas a la vez. La otra de tipo “cuentagotas” de personas que por temor a secuestros, extorsiones o falta de oportunidades de trabajo se alejan de su país bajo el disfraz de turista para nunca más volver. Algunos casos: Colombia⁴⁵ frente a la incertidumbre política y crisis económica; México, Perú y Venezuela con los

⁴⁴ Cf. AUZA, Néstor. El Éxodo de los pueblos. Vol. IV. Bogotá: CELAM, 1994. p. 24 – 27.

⁴⁵ Un artículo de Colprensa en La Opinión (Cúcuta, 23-01-2005) afirma que, según datos del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), entre 1998 y el 2005, cerca de 1.072.499 colombianos dejaron definitivamente el país.

recientes cambios de gobierno y enfoques sociales y económicos. Es relevante el caso de Venezuela que ha pasado de ser un país de inmigración a país de alta emigración y, junto con Colombia, es, hoy en día, el país con más elevada “fuga de cerebros” del continente⁴⁶.

La pobreza crónica en muchos países latinoamericanos⁴⁷

Nuestros países de América Latina, con raras excepciones, tienen una historia de pobreza y miseria. Con el pasar del tiempo muchas cosas han cambiado pero la proporción de pobreza sigue aumentando. “La pobreza material incide negativamente en las oportunidades de educación, en las cuestiones nutricionales y de salud, en las oportunidades de empleo, en la capacidad para hacer valer los derechos civiles, políticos y sociales”⁴⁸

Ajustes estructurales para disminuir el déficit fiscal, y la búsqueda de mayor productividad, incorporando eficiencia organizacional y tecnología, se han transformado en las metodologías básicas para lograr una mayor competitividad en estos mercados ampliados. Ambos procesos han provocado importantes modificaciones en los mercados de trabajo, incrementando los índices de desocupación, o reduciendo los salarios reales de considerables sectores de las sociedades.

En el caso de los países en desarrollo (Guatemala, el Salvador, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia), este efecto se potencia a su vez por la incapacidad estructural para generar empleos. Incapacidad derivada en gran parte de la poca disponibilidad de recursos para inversiones productivas, los cuales se ven disminuidos tanto por el efecto de las transferencias de capital que implican los pagos de las abultadas deudas externas, como por el permanente deterioro de los

⁴⁶ Cf. AUZA, Op. cit., p. 42.

⁴⁷ RAMÍREZ, Augusto. Latinoamérica y los derechos humanos. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 744 (may. 2008); p. 25 -31.

⁴⁸ Ibid., p. 30.

términos del intercambio de bienes. Es la profundización de la brecha entre pobreza y riqueza un excelente promotor de migraciones de masa⁴⁹.

Muchos países no han podido crear suficientes empleos para muchos jóvenes que llegan a edad laboral. A estas presiones en los mercados de trabajo se añaden las mayores expectativas que se adquieren en base a los aumentos en los niveles educativos y un mejor conocimiento acerca de las condiciones de vida en otras partes del mundo. Las mejoras en los medios de comunicación y transporte, señales evidentes del desarrollo, también explican la intensificación de la emigración, ya que reducen sus costos monetarios y psíquicos⁵⁰

El latifundio, la deuda externa y interna, las leyes del mercado, el difícil acceso a la educación y el bajo salario a que los trabajadores están sujetos, poco a poco están quitando todas las posibilidades de una disminución del fenómeno migratorio en el mundo y de modo especial en América Latina. Todo eso mantiene siempre encendida la esperanza de emigrar, de decir no a todo lo que no es vida. “La pobreza que viene disminuyendo, aún aqueja al 36,5% de latinoamericanos, unas 194 millones de personas, de las cuales 71 millones son indígenas”⁵¹.

En este aspecto podríamos, citar el caso de Bolivia (en 1992, tenía en el extranjero 59.807 ciudadanos), Paraguay (en 1992, tenía 187.372 ciudadanos emigrados), mientras que los emigrados de Nicaragua en 1995 eran 26.043 y los de Honduras (en 1988) eran 34.387. De otros países “pobres”, como Haití, no se conoce datos estadísticos oficiales. Lo que es cierto es que, desde el momento de los Censos oficiales citados hasta hoy siglo XXI, estos números han crecido considerablemente y a ellos hay que agregar (multiplicando por 2 o hasta 3) el número de los indocumentados⁵². Por otra parte:

La pobreza corre el riesgo de aumentar estimulada por los factores como el proceso inflacionario que vive la región; el creciente gasto público y el encarecimiento de los alimentos. Bien afirma José Luis Machinea, secretario ejecutivo de la CEPAL que el alza del precio de los alimentos

⁴⁹ Cf. MARMORA, Lelio. Las Políticas de Migraciones Internacionales, Buenos Aires: Alianza, 1997. p. 34 - 35.

⁵⁰ AUZA, Op. cit., p. 21- 22.

⁵¹ RAMÍREZ, Op. cit., p. 27.

⁵² Ibid., p. 55 – 56.

aumentaría la pobreza e indigencia en más de 10.000 millones de personas en América Latina y el Caribe⁵³.

Otro factor relevante, (con esto no quiero decir que sea el más importante, pero sí el más conocido y analizado al menos en Colombia) es el de la violencia (conflicto armado), vemos que las personas se ven desarraigadas forzosamente de su propio medio sin salir de las fronteras nacionales. En efecto, a causa de revoluciones y contrarrevoluciones, la población civil se encuentra a menudo bajo el fuego cruzado de las fuerzas de la guerrilla y de aquellas de los gobiernos, que luchan por razones ideológicas o por la posesión de la tierra y de los recursos naturales⁵⁴.

En América Latina, Colombia ocupa el primer lugar en expulsión por la violencia en el campo (calcúlese más de un millón de desplazados). Y a los emigrantes se les niegan el estatus de refugiados. Perú también entraría en este bloco por su, todavía, delicada situación política (se habla de 2 millones de peruanos fuera de Perú de los cuales 75% en situación de indocumentado)⁵⁵.

Desde otra óptica, el conflicto social como tal adquiere connotaciones negativas, problemáticas y condenables, cuando influye activamente en el deterioro de las relaciones sociales en las que la única solución viable sea la eliminación del ser humano, convirtiéndose en conflicto armado, el cual acarrea consecuencias como el desplazamiento, la marginación, el maltrato físico y psicológico, la creación de estrategias de guerra por parte de diversos actores armados para intimidar y lesionar la dignidad de la persona humana, tomando las demás personas como enemigos de sus propios intereses, y las distintas maneras como son

⁵³ Ibid., p. 28.

⁵⁴ Cf. CELAM. Derechos humanos. Desplazados por violencia en Colombia. Bogotá: Kimpres, 1995. p. 51.

⁵⁵ Cf. Ibid.

incorporados los territorios y sus pobladores en contiendas y enfrentamientos en el conflicto⁵⁶.

Esta situación se debe, además de los factores ya mencionados, a la violencia con que tantos hombres y mujeres, familias y sociedades enteras son vulnerados en sus derechos fundamentales como son la vida y la libertad, la libre expresión y el libre desarrollo de su personalidad, el racismo que pretende la inferioridad de grupos sociales⁵⁷, la negación y la exclusión, la guerra fratricida, el secuestro, la intimidación, los asesinatos selectivos de candidatos a cargos públicos y administrativos, las masacres, entre otros. Factores que en primera instancia afectan a las comunidades humanas en cada uno de sus miembros de manera individual.

En la situación económica, pareciera que el proceso vertiginoso de crecimiento y prosperidad que vive el mundo del tercer milenio de la era cristiana, no dejara lugar ni tiempo para preocupaciones espirituales, morales. Pero el creciente abismo que contrasta el bienestar y la riqueza de que gozan los habitantes de los países prósperos con las penurias y pobreza que sufren los de los países del llamado mundo en desarrollo y también la que suele existir entre sectores acomodados y sectores postergados de países ricos y pobres, golpea la conciencia de la Humanidad. Lo cierto es que América Latina, como el resto del mundo en desarrollo, enfrenta los inicios del tercer milenio de nuestra era cristiana partiendo con bajos niveles de ingreso por habitante, elevado porcentaje de pobreza y altísimos índices de desigualdad.

Por otra parte, el tipo de sociedad y de cultura que prevalece en nuestros días, al menos en el mundo occidental, es un sistema de convivencia humana cuyo eje central es el mercado. De las “economías de mercado” –sin duda las más eficientes para crear riqueza, pero injustas para distribuirla – estamos pasando a

⁵⁶ Cf. BELLO, A. El desplazamiento en Colombia. Universidad Nacional de Colombia. Medellín. 2005, p. 12

⁵⁷ Cf. SCHREITER, Robert . Violencia y reconciliación. Bilbao: Sal Térrea, 1992. p. 50

“sociedades de mercado”, en las que prevalece una cultura materialista y economicista en la que el “tener” vale más que el “ser” y, consiguientemente, las personas se convierten en esclavas de las cosas⁵⁸.

Esto ocurre paralelamente a un proceso de creciente individualismo: de la afirmación de la libertad individual como el valor más importante, que lleva a las personas a ser hostiles a cualquier clase de regulaciones –ya provengan del Estado, de tradiciones culturales y aún de lazos familiares–se pasa a una especie de egocentrismo que las induce a vivir preocupadas sólo de sí mismas y de su entorno más cercano, indiferentes a lo que ocurra en el mundo y hasta en su propio país, a menos que afecte a sus intereses personales⁵⁹.

Consecuencia y expresión de este fenómeno son el egoísmo, el consumismo y la competitividad prevalecientes. La preocupación por nuestra propia vida nos torna indiferente a los dolores ajenos⁶⁰. Aunque las noticias de catástrofes suelen conmovernos, rara vez nos interesamos por la suerte de la gente pobre que vive en nuestras vecindades. En esta ciudad de Bogotá la capital del país, el espectáculo de las personas que se alojan en la calle son cada vez más sorprendentes⁶¹ como por ejemplo el sector de la candelaria centro, y sectores más concentrados con este tipo de gente están los barrios Luis Carlos Galán, santa Rita, Bilbao...del sur de la capital; no causa en ocasiones ninguna conmoción.

Por esta razón, el teólogo desde su dimensión profética puede suscitar juicios sobre la historia y sus ambigüedades, suscitar compromisos que llaman a la

⁵⁸ Cf. DAVILA, Ricardo. El sistema de economía solidaria. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 746 (jul. 2008); p. 57.

⁵⁹ Cf. PABLO VI, Op. cit., No. 8.

⁶⁰ Cf. MÚNERA DUQUE, Alberto. Ética y desarrollo. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 746 (jul. 2008); p. 65.

⁶¹ Cf. PÉREZ MARTÍNEZ, Manuel. Los espacios rurales y urbanos. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 744 (may. 2008); p. 55.

unificación de todos los que le duele la vida cuando se destroza en los campos de guerra o en las puertas indolentes de hospitales y clínicas privatizados.

El panorama de la situación sociopolítico que exhibe hoy una gran parte del contexto latinoamericano, producto del proyecto económico y político de la modernidad - industrialización, urbanización, democratización, interconexión cultural dada por la expansión de los sistemas de comunicación de la sociedad - se enmarca dentro de lo que ha dado en llamarse la crisis del modelo de desarrollo tecno-científico y burocrático. Es decir, la base del desarrollo económico -técnico- burocrático de las sociedades modernas pareciera constituirse en los criterios de eficacia, eficiencia y rendimiento, percibiéndose de esta manera la sociedad moderna, como sinónimo de racionalidad⁶². Al respecto Morín define la racionalidad como:

El establecimiento de una ordenación entre la coherencia lógica (descriptiva, explicativa) y una realidad empírica y, la racionalización como la construcción de una coherente y totalizante noción del universo a partir de datos parciales o de una visión parcial, o de un principio único. Así, la visión de un único aspecto de las cosas (rendimiento, eficacia), la explicación en función de un factor único (lo económico o lo político), la creencia de que los males de la humanidad se deben a una sola causa y un solo tipo de agentes, constituyen racionalizaciones⁶³.

Estas definiciones permiten entender, cómo a nivel de la práctica social de la Sociedad industrial se justifica, por ejemplo, desde el punto de vista ideológico la explotación de la fuerza del hombre, la depredación de los recursos naturales, la sustitución del hombre por la máquina, en aras de una mayor eficacia o del incremento del rendimiento, necesarios para atender una creciente demanda de “bienestar”. Lo que explica que este “orden de cosas” tenga una razón de ser, una explicación lógica, o más concretamente ideológica, con graves consecuencias éticas.

⁶² Cf. BERRIO, Mary. Paz para el desarrollo y desarrollo para la paz. *En*: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 746 (jul. 2008); p. 76 – 78.

⁶³ MORIN, E. Ciencia con conciencia. España: Anthropos, 1982. p. 293 -294.

Además, en la dimensión sociopolítica se constata un cierto progreso democrático que se hace patente en diversos procesos electorales. Sin embargo, se ve con preocupación el acelerado avance de diversas formas de regresión autoritaria por vía democrática, que en ciertas ocasiones, derivan en regímenes de corte neopopulista⁶⁴. Por ejemplo los líderes neopopulistas se presentan como personificación del orden, de la capacidad de gobernar y tomar decisiones con conveniencias personales.

Esto indica que no basta una democracia puramente formal, es decir, fundada en la limpieza de los procedimientos electorales, sino que además es necesaria una democracia participativa donde se tenga en cuenta la opinión y aporte del pueblo, es decir, que se le respete los derechos como ciudadano y, basada en la promoción y respeto de los derechos humanos⁶⁵.

Cabe señalar que la vida social, en convivencia armónica y pacífica, se está deteriorando gravemente en muchos países de América Latina por el crecimiento de la violencia, que se manifiesta en robos, asaltos, secuestros, etc.

La violencia reviste diversas formas y tiene diversos agentes: el crimen organizado y el narcotráfico, grupos paramilitares, violencia común sobre todo en la periferia de las grandes ciudades, violencia de grupos juveniles y creciente violencia familiar. Sus causas son múltiples: la idolatría del dinero, el avance de una ideología individualista y utilitarista, el irrespeto a la dignidad de cada persona, el deterioro de tejido social, la corrupción incluso en las fuerzas del orden, y la falta de políticas públicas de equidad social⁶⁶.

⁶⁴ El neopopulismo es un fenómeno de primer orden en el escenario político de América Latina. Se instaura como una nueva forma de representación e identificación política, gracias a la paulatina deslegitimación de las instituciones públicas tradicionales. La crisis de representación, la debilidad del régimen democrático y el desmonte del modelo del Estado-protector, posibilitó el “resurgimiento” de líderes populistas, que apoyados en su carisma personal se presentaron como los salvadores de la nación y hombres providenciales restituidores del orden público.

⁶⁵ Cf. MORIN, Op. cit., p. 43.

⁶⁶ Ibid., p. 45.

En el panorama sociopolítico no podemos olvidar las crisis fronterizas entre países como Venezuela, Perú, Ecuador, Colombia, Bolivia y Nicaragua, donde las relaciones diplomáticas no han sido en los últimos años muy favorables para ninguno de los países latinoamericanos. Parte del problema tienen que ver con el giro cada vez más contundente de los gobiernos latinoamericanos hacia la izquierda y hacia una actitud mucho más crítica hacia Estados Unidos⁶⁷.

Si bien es cierto, que el pueblo latinoamericano no está bien del todo, no podríamos desconocer lo que se ha logrado como: acuerdos de paz, secuestros, violación de los derechos humanos, libertad religiosa, que poco a poco han ido ayudando a América Latina en su proceso de desarrollo e equidad.

La realidad sociopolítica de América Latina es compleja y diversificada como ya se menciono anteriormente. Ante esta realidad, podemos concluir con una pregunta, y es: ¿cómo la afronta el Papa? El Papa Benedicto XVI propone que la realidad sociopolítica de América Latina⁶⁸ sea atendida con fieles laicos bien preparados capaces de discernir las limitaciones tanto de las derechas como de las izquierdas por igual. Es así como el Papa ha logrado expresiones de gran sabiduría y equilibrio para mostrar que Jesucristo es irreductible a cualquier conjunto de valores, de teorías, o de iniciativas para el cambio estructural. Esto manifiesta el carácter trascendente del Evangelio y de la Iglesia respecto de las culturas y los sistemas políticos.

Sin embargo, al mismo tiempo, los teólogos – dice Benedicto XVI– tienen la responsabilidad y están llamados a proyectar la dimensión profética y por ende, llevar el Evangelio al interior de las estructuras de nuestras sociedades. Esto no es una paradoja sino precisamente el modo como el Santo Padre nos recuerda que la Iglesia como institución se desdibujaría si se comprometiese unilateralmente con

⁶⁷ Cf. BORDA GUZMÁN, Sandra. Política exterior colombiana y conflicto. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 744 (may. 2008); p. 21.

⁶⁸ Esta propuesta surge del documento conclusivo de Aparecida, donde el Papa Benedicto XVI propone una realidad sociopolítica.

una cierta modalidad de acción política, por sana que fuese. Esto es precisamente lo que el teólogo puede evitar.

3.2 EL TEÓLOGO, MEDIADOR EN EL PROCESO DE TRANSFORMACIÓN DEL PUEBLO LATINOAMERICANO

Ser profeta hoy en América Latina no es sólo ser llamado y enviado de parte de Dios a proclamar la salvación de su pueblo, sino además comprometerse con él, es decir, no ser indiferente a la realidad que le rodea. Con esto no pretendemos que el teólogo se convierta en político, sociólogo y menos que pase a ser miembro de grupos revolucionarios.

También es cierto que no son pocos los teólogos que identifican en la historia de la teología diversas figuras del teólogo con sus correspondientes tipologías, cambios de recursos metodológicos y científicos, diferentes cuestiones que la han interesado, modas y cambios de las escuelas teológicas⁶⁹. Es así como la teología no es ajena a estas realidades del cambio de época.

Entonces surge la pregunta ¿qué teólogo para cuál sociedad? suscita de entrada otras preguntas dignas de una respuesta clara. Ante todo, ¿de cuál teólogo se habla? ¿Será posible un “teólogo” así genérico? Y aunque se lograra un “teólogo universal”, existe una realidad bien contrastante: hoy en día en la ciencia teológica se ha diversificado la percepción del teólogo, pues se encuentran con facilidad nociones como: el teólogo bíblico, el teólogo sistemático, el teólogo dogmático, moralista, pastoralista, liturgo, jurista, fundamental, historiador... y la lista se configura mucho más larga aún⁷⁰.

Desde la perspectiva de la Biblia, la teología sería la captación, la percepción por experiencia de la revelación, de la lógica de Dios en esta historia, en el acontecer

⁶⁹ Cf. BERZOSA, Op cit., p. 14-15.

⁷⁰ En el libro Introducción Método Teológico de Jared Wicks encontramos a lo largo de su discurso una diversificación de la percepción del teólogo en su quehacer teológico.

cotidiano de cada ser humano para el beneficio de la comunidad, forjando ciudadanos libres capaces de un compromiso ético social⁷¹. Con base en lo anterior, los rasgos característicos de un teólogo hoy, están en relación con aquella persona capaz de captar en su propia vida (acto de la fe) el acontecer de Dios, en las decisiones cotidianas respecto a aquellos con quienes interactúa⁷².

Quien como persona, de manera privilegiada, captó el acontecer de Dios en su vida y desde allí propuso una manera de vivir y un estilo de vida con unos rasgos concretos, fue Jesús de Nazaret. Él muestra en su propia vida, en su manera de pensar, de hablar y de referirse a la realidad, cómo hacer experiencia de Dios en esta historia, él nos deja conocer cómo alcanzar como seres humanos un comportamiento divino, dentro de la creación. Por lo anterior, el perfil del teólogo actual con dificultad podrá alejarse de la propuesta original; de lo contrario, arriesga adentrarse por senderos confusos en los cuales se agotará sin poder abrirse a la realidad trascendente⁷³.

En línea con lo anterior mencionado, desde Jesús de Nazaret, y teniendo en cuenta al teólogo y su entorno social, captamos cómo la revelación de Dios es histórica y la teología, como captación de esa lógica de Dios en el mundo, no puede apartarse de la realidad, de la sociedad, de los retos siempre nuevos de la condición humana.

En la puerta del aula del teólogo se podría escribir: el teólogo no es redentor de la sociedad. Más bien representa aquel varón o mujer creyente, quien a partir de su fe y de su riguroso ejercicio académico, tiene la capacidad de contagiar a los hermanos de camino el significado profundo de la vida revelada en Jesucristo, la cual debe aparecer nítida y transparente en su propia persona.

⁷¹ Cf. GARCÍA, Javier. Consagradas Escrituras: Sobre el papel del teólogo y la teología para hacer historia con sentido y ciudadanos libres. Madrid: Machado libros, 2002. p. 9 - 13.

⁷² Cf. KÜNG, Hans. El cristianismo: Jesús es capaz de impactar en el mundo de hoy. 3 ed. Madrid: Trotta, 2004. p. 797.

⁷³ Cf. PÉREZ, Miguel. Historia de la Biblia. Madrid: Trotta, 2006. p. 239 - 254.

El teólogo puede mantener una visión amplia de la realidad y de las ciencias para no sentirse un extraño; la inteligencia de su fe lo hace cada vez más consciente de la belleza, de la verdad y de la bondad de su historia y de su contexto, y al mismo tiempo, por su capacidad de admiración, se permite valorar lo bueno presente en el medio donde vive desarrollando una mirada crítica frente a los peligros amenazantes del ser humano.

Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en la humanidad. Por lo demás, la ética de la investigación científica... debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, expresar una actitud que forma parte de los rasgos esenciales del espíritu cristiano. La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir su horizonte en toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias⁷⁴.

Estas situaciones que van en detrimento de las personas comprometen al teólogo a preguntarse ¿cuál es su nuevo modo de existir en la sociedad actual?, y sin duda procurará estar atento al pensamiento de Wittgenstein: “sentimos que incluso, cuando todas las posibles cuestiones científicas han sido respondidas, nuestros problemas vitales no han sido ni siquiera tocados”⁷⁵.

Para el teólogo en su quehacer de la teología, creyente inmerso con ansias de vida en la sociedad, la verdad de la persona, la propia y la de los demás, se convierte en el sudor de sus esfuerzos, pues su interés no podrá ser diferente a

⁷⁴ BENEDICTO XVI. Discurso en la Universidad de Ratisbona: Fe, razón y universidad. Martes 12 de septiembre de 2006. En: <http://www.zenit.org/article-20352?l=spanish> (consulta día 10 de septiembre 2008).

⁷⁵ MARDONES, José Luis. La vida del Símbolo. Santander: Sal Térrea, 2000. p. 57.

aquellos interrogantes más profundos yacentes en el corazón de cada ser humano, con quien comparte el camino de la vida. Para el teólogo, consciente del contenido de una ciencia capaz de manipular con las manos de la fe y de la razón el entorno, su centro y fundamento de la revelación de Dios será siempre Jesucristo. Desde aquí y sólo desde aquí, el teólogo podrá situarse creativamente en su mundo para dialogar con él, afirmando a Dios.

El teólogo, cuando profesa la verdad de su vida, comprende cómo su labor de mediación dentro de la sociedad va más allá de las categorías de la ciencia humana, y su aporte significativo a la misma, no se basa sólo en principios de razón, sino sobre todo en los principios de la inteligencia de la Revelación. Por ello, su aporte es ante todo sapiencial, experiencial y vital, y no sólo científico⁷⁶, como Jared Wicks lo especifica:

La teología no es saber gnóstico ni versa únicamente acerca de doctrinas reveladas. Conciene a la vida y utiliza testimonios que son manantiales probados de vida. Las fuentes bíblicas y eclesiales atestiguan esta vida que ha entrado de una vez para siempre en nuestra historia. Al escuchar dichos testimonios, somos llamados a la comunión gozosa con los testigos y con Dios mismo (cf. I Jn 1, 1-4)⁷⁷.

En su tarea como mediador y orientador en la construcción del tejido social son imprescindibles el diálogo y la apertura, la solidaridad participativa, la interdisciplinariedad y un amor incondicional a las diferencias y a quienes piensan distinto. De su actitud vital depende la adquisición de “otras” gramáticas, necesarias, las cuales se le ofrecen como nuevas oportunidades para decir una palabra con sentido, y no sólo unas recetas, en relación con los retos éticos del “progreso científico – tecnológico” y los de orden “técnico – económico”, en ocasiones, no respetuosas de la primacía del ser humano.

Preguntar por las tendencias de la teología en América Latina es preguntar por el estado de la inquietud, es decir por lo trascendente del hombre latinoamericano;

⁷⁶ Cf. CELAM, *Aparecida*, Op. cit., No. 52.

⁷⁷ WICKS, Op. cit., p. 10.

ese mismo hombre que recibe las influencias globalizantes de un mundo que está cambiando demasiado rápido, un hombre al que los hechos de su propia realidad se le olvida con facilidad y, al que la historia genéricamente le tiene sin cuidado.

Es así, como el teólogo en su quehacer teológico tiene retos nuevos en nuestros días y hacia el futuro, los cuales definen sus funciones y la misión, pues, el hombre que se pregunta por lo trascendente no es solamente el académico de la teología, enterado de las verdades sobre Dios, sino sobre todo, la mayoría de los latinoamericanos a quienes sus preocupaciones cotidianas le desplazan esa pregunta; un hombre, un mundo en el cual lo inmanente, en apariencia, es más fuerte o más preocupante que lo trascendente⁷⁸.

Para esa transformación en la cual hemos venido hablando, es esencial que el teólogo sea descolonizado, es decir, aunque el hecho que ha sido colonizados dejó huellas imborrables en nuestro ser en general y obviamente en nuestro ser teológico su quehacer teológico sea iluminado desde América latina, pues, no es concebible hacer teología desde Europa; o hacer teología desde la colonia, ya que no es lo mismo esta teología que la que se hace desde la metrópolis. Con esto no se pretende decir que los teólogos de las metrópolis coloniales no tengan nada pertinente que decirnos, es sólo que no tienen el monopolio de la verdad⁷⁹.

3.3 DE LA DISCIPLINA COMO TAL AL HOMBRE DE LA DISCIPLINA

El presente que vivimos muestra la complejidad, en la pluralidad y diversidad en todas sus dimensiones. En esta multiplicidad de horizontes de sentido se encuentra inmerso el teólogo, profesional que desde su disciplina busca formar personas, comunidades y sociedades mejores. Por ende, “la teología tiende a renovar sus inquietudes en los fenómenos de inculturación y transculturación, y

⁷⁸ Cf. RAMÍREZ AGUIRRE, Jorge. Las tendencias de la teología en América Latina. En: Cuestiones Teológicas y Filosóficas. Medellín. No. 62. (1997); p. 38.

⁷⁹ BELLOROSE, Martín. Descolonizar al teólogo. Bogotá: Javeriana, 2008. p. 5ss.

hacer una nueva pregunta por Dios, ya no simplemente desde los principios clásicos”⁸⁰.

No siempre se considera a la teología académica y la investigación como un beneficio para la Iglesia, pues, a la luz de ciertos casos publicados, alguno podría inclinarse a hacerse eco de la afirmación que dice: “las universidades, estudio, colegios, graduaciones y magisterios han sido producto de un vano paganismo, y son útiles para la Iglesia como el mismo diablo”⁸¹.

En la actualidad se le pide al teólogo no tanto la racionalidad de sus argumentos como la libertad de opinión, pues, se le pide que ponga en cuestión con libertad esa fidelidad, sin segundas intenciones apologéticas o corporativistas⁸². En este mismo sentido, todo teólogo debería gozar de libertad académica, es decir, del derecho de investigar, publicar y enseñar de acuerdo con las normas de la disciplina. Pero como la teología es una disciplina esencialmente eclesial, la libertad del teólogo no puede ser totalizada por encima o en contra de otros elementos de la comunidad de fe⁸³, es decir, “el que habla en la teología, el sujeto que habla, debería ser Dios mismo. Y nuestro hablar y pensar sólo debería servir para que pueda encontrar espacio en el mundo el hablar de Dios, la Palabra de Dios”⁸⁴.

Con lo anterior, podemos decir que desde su humanidad el teólogo tiene la responsabilidad de mantener a la mano el fundamento de la revelación, y el ejercicio de búsqueda de la verdad, el cual los une a toda la humanidad, pues, aprehender de este modo la verdad lo lleva a comprometerse a dar respuestas existenciales que iluminen y orienten la vida de aquellos que le rodean.

⁸⁰ RAMÍREZ, Op. cit., p. 40.

⁸¹ DULLES, Avery. El Oficio de la Teología: del símbolo al sistema. Barcelona: Herder, 2003. p. 171.

⁸² Cf. DUQUOC, Christian. El destierro de la Teología. París: Mensajero, 2006. p. 10 - 15.

⁸³ Cf. DULLES, Op cit., p. 197.

⁸⁴ BENEDICTO XVI. Obediencia a la Verdad: Homilía de Benedicto XVI durante la misa con los miembros de la comisión teológica internacional. En: L'osservatore Romano, Roma. (6, Oct, 2006); p. 5B, c. 5.

Es así como el teólogo, desde su quehacer le incumbe reinventar un “anuncio” (discurso) creíble en el campo disciplinario para no ser una invitación de piedra en la construcción de los ideales de la región, un discurso sobre Dios que supere el marco de la religión, con el cual se pueda afirmar desde el conocimiento y desde la práctica, desde la teoría y desde la praxis, que la especulación sobre Dios no es solamente un problema de religión del hombre latinoamericano, sino también una cuestión auténticamente existencial⁸⁵.

Un nuevo papel teológico debe lograrse participando en las soluciones a los problemas reales y en el ámbito enriquecedor de la multidisciplinaria; así como de pronto ocurrió en otras épocas, el teólogo no puede seguir alimentando el temor que se fundó en su ser al darse cuenta de la imposibilidad de un riguroso estatuto científico para su área; el afán disciplinario auténtico de hoy no es definir el estatuto científico de la teología sino consolidar el aporte como disciplina al conjunto de las búsquedas humanas; si se quiere, en el fondo la preocupación de hoy no es la disciplina como tal sino el hombre de la disciplina⁸⁶. Esta preocupación del teólogo más que la disciplina se debe a que el teólogo, si podemos decirlo de esta manera, está más preocupado del qué leer, escribir, decir, que tal vez el sentido de su vocación.

La realidad en la que el teólogo está inmerso hoy, hace que él descubra nuevas líneas de investigación; también quiere decir, que su discurso se haga más objetivo y más plural, es decir, que entre en diálogo permanente con otras visiones, que no acapare sus objetos científicos sino que permita la entrada de otros elementos disciplinarios en su quehacer teológico, adquiriendo una visión más precisa de la realidad a la que él como profeta está llamado a intervenir.

En esta misma línea el teólogo puede preguntarse cuál es su verdadero aporte a la realidad y al saber, pero es mucho más acuciante que se pregunte ahora cuánto

⁸⁵ Cf. RAMÍREZ AGUIRRE, Op cit., p. 45.

⁸⁶ Cf. Ibid.

ha aceptado de las otras disciplinas que haya acrecentado el nuevo conocimiento teológico. Ante esta situación, vemos que “uno de los temores más grandes para muchos trabajadores de la teología y, en general de la ciencia, es el agotamiento de los objetos de estudio, un deterioro ni siquiera voluntario de los presupuestos de la disciplina, un desgaste en los grandes temas de reflexión y en sus métodos”⁸⁷. Esto es precisamente, por que nos hemos quedado anquilosados en la investigación por motivos de exclusivismos batatos, es decir, no permitimos ni aceptamos aportes de otras disciplinas (incluso de la misma) en el avance del quehacer de la teología y de sus métodos.

También, se recalca, cada vez más en la teología de América Latina, que su investigación no se reduce a la asunción de métodos foráneos y la repetición actualizada de versiones elaboradas por otras disciplinas sino que mira la realidad en la que el hombre trasciende desde su condición hacia la de Dios, pues, la teología latinoamericana mira la realidad propia en la que se encuentra, va naciendo en las comunidades eclesiales de base (CEB), en medios de las luchas, temores y esperanzas del pueblo creyente. Ella surge de una raíz mística: el encuentro con Jesucristo a través de los pobres, desplazados, maltratados por la violencia.

El hombre latinoamericano, un hombre que podríamos calificar de una forma fabulosa como porfiadamente inmanente, sigue siendo un hombre de características radicales: sigue mayoritariamente pobre y minoritariamente rico; desplazado de su tierra y, a su vez, terrateniente; atropellado en muchos de sus derechos y desorientado en muchos de sus deberes; abierto a la tecnología y, con frecuencia, cerrado a la justicia; amante de sus entorno y, paradójicamente, depredador feroz de sus recursos⁸⁸.

Y en esta investigación de la realidad, durante los últimos cuarenta años, la teología latinoamericana se ha caracterizado por una gran vitalidad, pues, encontramos en su itinerario teológico los siguientes teólogos(as): M.P. Aquino, S. Arce, H. Assmann, Cl. Boff, L. Boff, I. Ellacuría, M. Fabri dos Anjos, I. Gebara, G.

⁸⁷ Ibid., p. 48.

⁸⁸ Ibid., p. 50.

Gutiérrez, F. Himkelammert, D. Irrarázaval, A.J. Levoratti, E. López, Mc. Lucchetti, C. Maccise, J. Mo Sung, C. Navia, R. Oliveros, O. Ortega, A. Parra, J. Pixley, Ph. Potter, P. Richard, V. Rocha, M. Ruiz, J. de Santa Ana, JC. Scannone, JL. Segundo, AA. Da Silva, J. Sobrino, P. Suess, E. Tamez, P. Trigo; y muchos otros que están en el anonimato.

El teólogo contribuye a la transformación social por la fuerza esperanzadora de su palabra-acción, pues, una teología en la cual el concepto no propicie el efecto deletéreo que lo caracteriza, no simplemente conceptual, sino llena de vida, sería una teología carente de anuncio de vida, ya que, pensar la teología desde nuestra experiencia personal con la Palabra, demostrará una visión enriquecedora al legado teológico universal y abrirá posibilidades a una teología más orgánica y menos sectorial, más universal, más globalizante⁸⁹.

Es así como la teología de nuestra Iglesia de América Latina ha mostrado un vivo interés por este propósito; un hecho muy comprensible, pues más allá de una doctrina y un cuerpo conceptual, la fe de nuestros pueblos es una fe ante todo religiosa, una fe vivida y celebrada (liturgia) más que pensada.

En este aspecto de la disciplina como tal, al hombre de la disciplina, podemos dilucidar algunos retos pastorales que no puede desconocer el teólogo por su misma vocación. En el mismo sentido en el cual se comprendió la noción de lo pastoral en el Concilio Vaticano II como una sensibilidad que caracterizó todo lo que en él se promulgó y todo lo que en él se emprendió, se puede entender esta dimensión en relación con el teólogo.

Por la realización de la actividad teológica, la comunidad cristiana tiene la posibilidad de desarrollar su conciencia acerca de la fe vivida, no sólo en un sentido teórico sino en un sentido ante todo práctico. Por muchas razones, la fe vivida y practicada en sentido cristiano y eclesial debe ser una fe consciente.

⁸⁹ Cf. RAMÍREZ, Op. cit., p. 51.

En este sentido el teólogo de América Latina tiene una importante palabra para decir a los teólogos de otros continentes. Si en tradiciones anteriores esta tarea le correspondía sólo a quienes adquirirían una competencia profesional, de manera excluyente, ahora, también, se reconoce a toda la comunidad creyente esta competencia. Toda la comunidad, como sujeto, está llamada a reflexionar su fe, para crecer en la manera consciente de vivirla y dar razón de ella en la sociedad.

No olvidamos la vigencia del problema que nos convoca: “El teólogo, mediador en el proceso de transformación del pueblo latinoamericano”⁹⁰, pero al mismo tiempo, llamamos la atención sobre la capacidad de apertura propia del sujeto de la disciplina teológica, para permitir que otros saberes y otros problemas existenciales urgentes de su entorno vital, le posibiliten un crecimiento normal de su gramática teológica, y por ende, concursar con las demás fuerzas de verdad para intentar una respuesta de sentido, con fe cierta, a este ser humano concreto mayoritariamente pobre y desorientado, sobre todo en América Latina.

En el escenario de la vida, el teólogo tiene la responsabilidad de ser un profeta crítico de la realidad siempre nueva, y ofrecer sin temor alguno la gramática de lo humano, tal como la entiende el Evangelio. La tarea de mediador, creyente, le exige al teólogo en su quehacer, ofrecer las claves para descifrar el misterio del hombre y responder a sus problemas más profundos (GS 10). Para cumplir con esta misión responsable debe ser un experto del oído; es decir, sabe escuchar, para hablar después; intenta comprender antes de ofrecer soluciones; sabe tender puentes entre las partes, con un lenguaje esperanzador, antes de exhibir la bandera ganadora de la ciencia que sabe.

Así por tanto, el teólogo, como varón o mujer creyente, en actitud de escucha es consciente de ser uno entre iguales, pero con la responsabilidad de ofrecer la verdad, donada por la revelación de Dios en Jesucristo y hacer más fácil para sí

⁹⁰ Ibid.

mismo, para los demás y para la creación entera la vocación al amor, a través de su tarea desde una perspectiva profética.

3.4 DECÁLOGO DEL TEÓLOGO⁹¹ A LA LUZ DEL DOCUMENTO DE APARECIDA

Siendo el teólogo un profesional universitario que investiga y comunica la naturaleza esencial de Dios, relacionándola con la experiencia cotidiana del hombre. Es así como él puede hacer propia esa experiencia intelectual con fines de transparentar aquello que sabe y entiende mediante unas características propias que lo identifica como teólogo.

“*Duc in altum*” es la expresión del Evangelio de Lucas (5, 4), con la cual el Papa Juan Pablo II invitó a encarar con espíritu evangélico y coraje el nuevo milenio que ya se está viviendo; refiriéndose de una manera particular al teólogo quien tiene que hacer suyas unas cualidades propias de su vocación⁹².

Orante⁹³, con una gran capacidad de contemplación y escucha, porque la oración es aquella abierta que nos permite entrar en el claroscuro del misterio, para diferenciar la verdad de las ilusiones (cf. Lc 9, 28- 33). Pero, más importante que rezar, que hacer oración, es ser oración, teniendo el puente entre la mente y el corazón y de ahí pasar al corazón de los hermanos.

Humilde⁹⁴, porque humildad y sabiduría son prácticamente una y la misma cosa, pues la ignorancia es arrogante y la arrogancia es la mayor ignorancia. Es así que la medida de la fe, si es que la fe tiene medida, es la humildad. Donde hay arrogancia puede haber superstición intelectualizada, abundante información teológica, amplia cultura religiosa, autosugestión, etc.; pero no verdadera, pues, se

⁹¹ Esta propuesta surge de la reflexión personal hecha sobre el artículo de Jorge Marín titulado: “Decálogo del Teólogo”. En: Oslam, Bogotá. No. 52 (ene- jun. 2008); p. 52- 54.

⁹² Cf. LÓPEZ, Ángel. 14 de enero de 2005. En: http://www.almendron.com/politica/pdf/2005/spain/spain_1835.pdf. (Consulta 9 septiembre de 2008).

⁹³ Cf. CELAM. Aparecida, Op cit., No. 157, 265, 315.

⁹⁴ Cf. Ibid., No. 299, 368, 573.

convierte en un egocentrismo en el que busca ser admirado y aplaudido. La humildad es no sólo la medida de la fe, sino también condición necesaria para que ésta acontezca (cf. 1 Pe 5, 5b).

Mistagogo⁹⁵, es decir, alguien que, más que penetrar en el misterio, se deja penetrar y empapar por Él; consciente de que la fe no es una cuestión puramente racional, pero tiene que ser razonable (1 Pe 3, 15); que la lógica de la fe no es la lógica del experimento, sino de la experiencia; no es la lógica del discurso teórico y sí la de la claridad existencial. La teología tiene la misión irrenunciable de hablar de Dios y, para esto, es necesario escucharlo con atención, encontrarse con Él y perderse en Él.

Fiel, la fe exige fidelidad, lealtad, y la lealtad se manifiesta en comportamientos y actitudes concretas, en la transparencia absoluta de la persona. Por eso es necesario tener coraje para, después de escuchar, de discernir y de interpretar a la luz del Espíritu las diversas voces y lenguajes de los pueblos, credos y culturas, llamar por su propio nombre las deformaciones de la fe auténtica, que muchas veces son deformaciones de la justicia y de la caridad y, por consiguiente, deformaciones de Dios, que llevan a deformar y a desvirtuar la humanidad. Ser fiel es redescubrir, con las comunidades y bajo la orientación del magisterio (cf. 2 Pe 1, 20- 21), al Dios de la Biblia: el Dios de nuestros Padres, el Dios amante de la vida, de la justicia, de la felicidad humana.

Obediente a la verdad⁹⁶. Trayendo a colación un artículo de la primera semana de octubre del 2006 (ya citado en el punto 2.3), en el que se reunió en Roma la Comisión teológica internacional. Tiene como novedosa esta reunión la celebración de la Eucaristía con la presencia del Papa en lugar de una audiencia. Ante esta sorpresa, todos los teólogos esperaban que Benedicto XVI hablara sobre el limbo... Pero ante los principales teólogos del mundo describió el perfil del “buen teólogo”. O quizá simplemente, del teólogo.

⁹⁵ Cf. *Ibid.*, No. 118, 147, 157, 207, 240, 288, 377, 473.

⁹⁶ Cf. BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, p. 5A, c. 5.

La misión del teólogo, observó Benedicto XVI, es hacer presentes las palabras esenciales en la locuacidad de este tiempo y de otros tiempos mediante la purificación de nuestras palabras y por lo tanto, por la purificación de las palabras del mundo, necesitamos ese silencio que se transforma en contemplación, que nos hace entrar en el silencio de Dios y llegar al punto donde nace la Palabra, la Palabra redentora⁹⁷.

Nuestro hablar y pensar prosiguió, debería servir para que pueda escucharse y encontrar espacio en el mundo el hablar de Dios, de la palabra de Dios. Así, de nuevo, nos encontramos invitados a este camino de la renuncia a nuestras palabras, a este camino de purificación para que nuestras palabras sean solo instrumento mediante el cual Dios pueda hablar y de esa forma Dios sea realmente no el objeto sino el sujeto de la teología⁹⁸.

Después, citando la Primera Carta de San Pedro, recordó que hablar para encontrar aplausos, hablar orientándose a cuanto los hombres quieren escuchar, hablar obedeciendo a la dictadura de las opiniones comunes, se considera como una especie de prostitución de la palabra, pero no hay que someterse a esta tipología sino buscar la obediencia a la verdad⁹⁹. Pienso que esta sea la virtud fundamental del teólogo, esta disciplina dura de la obediencia a la verdad, que nos hace colaboradores y “bocas de la verdad”. En definitiva, Benedicto XVI deja muy claro que el teólogo que habla para cosechar aplausos, prostituye la palabra.

Servidor del Evangelio¹⁰⁰, es decir, la teología tiene sentido cuando está al servicio de la evangelización y nunca al margen de ésta. Es misión irrenunciable del teólogo contribuir con inteligencia y seriedad científica, para que la Buena Nueva sea anunciada a todos con fidelidad “a tiempo y a destiempo...con toda paciencia y doctrina” (2 Tm 4, 2); sin olvidar que el teólogo es servidor y no dueño de la

⁹⁷ Ibid.

⁹⁸ Ibid.

⁹⁹ Ibid.

¹⁰⁰ Cf. CELAM. Aparecida, Op. cit., No. 30, 214, 526.

verdad (cf. Lc 17, 10) y por eso tiene que vivir siempre en actitud de discípulo, siempre dispuesto a dejarse evangelizar.

Testigo verdadero¹⁰¹, a través de una existencia coherente (cf. Mt 7, 21) encarnando en la vida personal la Verdad anunciada para que sea creíble, la fe desmitificada y la revelación aceptada. Recordar que la gente sencilla escuchan el Evangelio más con el corazón que con la cabeza, porque son más sensibles a los gestos y actitudes teologales que a los discursos muy elaborados (cf. Lc 10, 21-22); mientras los sabios de este mundo sólo entienden lo sensorial y externo; pero, a través de los sentidos también podemos llegar al corazón.

Misericordioso, “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36). En el mundo actual, dolorosamente marcado por las guerras y la injusticia en todas las formas y niveles, muchos hermanos caminan con dificultad, en medio de dudas e incertezas, cada vez más vulnerables ante la magnitud de los acontecimientos, procurándose con dolor y angustia el pan de cada día o, por lo menos, una sonrisa amiga-fraterna. Mientras eso sucede, corremos el riesgo de dar más importancia a los tecnologismos teológicos que al Evangelio y al llanto de los desamparados.

El teólogo un estudioso de la teología¹⁰². En la oración, la labor teológica es el movimiento interior y espiritual de un hombre, el movimiento dirigido en sentido vertical desde abajo hacia arriba. Pero en el estudio, ese movimiento se realiza externamente y transcurre en sentido horizontal. Por esta razón, la labor teológica no puede realizarse sino en la unidad indisoluble de la oración y del estudio, pues, la oración sin el estudio estaría vacía y, por ende, el estudio sin la oración permanecería ciego. Por esta razón, karth Barth dice:

El estudio es un empeño activo del hombre que debe llevarse a cabo con seriedad, celo y diligencia. Se trata de una tarea intelectual definida, asignada al teólogo y a otras personas”. Una tarea

¹⁰¹ Cf. Ibid., No. 159, 205, 237.

¹⁰² BARTH, Op. cit., p. 199.

intelectual definida se haya fijada para el teólogo y para cualquier otro por el Evangelio, por la obra y la Palabra de Dios, que se hallan atestiguadas en las Sagradas Escrituras y proclamadas en la *communio sanctorum* de todos los tiempos y lugares¹⁰³.

Por otra parte, el teólogo dejaría de ser igualmente un estudioso de la teología si no se dedicará a su tarea con el ímpetu y el impulso, pues, un estudioso holgazán, incluso como teólogo, no sería en absoluto un estudioso. Además, todo el que estudia teología lo hace así porque (aparte de los fines personales que persiga) estudiar es necesario, bueno y bello para él mismo en relación con el servicio que ha sido llamado a prestar, es decir, como respuesta al llamado que Dios le ha hecho¹⁰⁴.

Por último, el ser profeta¹⁰⁵, pues la fe es también capacidad de ver claro en medio de la oscuridad, de ver la realidad con los ojos de Dios. Toda teología verdaderamente cristiana es profética, porque es capaz de observar la naturaleza y la sociedad, el acontecer del mundo y la historia, con los ojos de la fe, para anunciar la Verdad que da vida “¿Señor a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68), y denunciar la mentira que mata (Jn 8, 44). Esto exige capacidad de denuncia y total honestidad para corregir los errores del pasado, generosidad y perseverancia para participar activa y creativamente en la construcción del mundo que Dios quiere: un mundo más humano, más justo y más fraterno.

América Latina está tomando conciencia de la naturaleza como una herencia gratuita que recibimos para proteger, como espacio precioso de la convivencia humana y como responsabilidad cuidadosa del señorío del hombre para bien de todos. Esta herencia muchas veces se manifiesta frágil e indefensa ante los poderes económicos y tecnológicos. Por eso, como profetas de vida, queremos insistir que en las intervenciones humanas en los recursos naturales no predominen los intereses de grupos económicos que arrasan irracionalmente las fuentes de vida, en perjuicio de naciones enteras y de la misma humanidad. Las generaciones que nos sucedan tienen derecho a recibir un mundo habitable, y no un planeta con aire

¹⁰³ Ibid.

¹⁰⁴ Cf. Ibid., p. 201.

¹⁰⁵ Cf. Ibid., No. 25, 225.

contaminado, con aguas envenenadas y con recursos naturales agotados¹⁰⁶.

En definitiva, ser teólogo no es un motivo de banal “orgullo” (aunque lo desprecien algunos por serlo) y sí de preocupación; pero de una preocupación gozosa, porque teología es desafío, es misión y compartir: es la desafiante misión de compartir con Dios la grande y maravillosa aventura de la revelación y salvación del ser humano inmerso en la historia.

¹⁰⁶ Ibid., No. 490.

4. DIMENSIÓN PROFÉTICA DEL TEÓLOGO COMO RETO ANTE UNA SOCIEDAD SECULARIZADA

¿Qué clase de profetismo necesitamos hoy? La secularización¹⁰⁷ en muchas partes del mundo avanza de forma vertiginosa y hasta en silencio pero con unos resultados increíbles. Es así como el teólogo, en su quehacer hermenéutico comprometido con la sistematización y elaboración de una teología contextual en una sociedad secularizada, le compromete lanzar una voz de alerta, es decir, hablar de la decadencia de las prácticas y creencias religiosas, que se observa en la sociedad actual.

Nos puede iluminar el momento actual la parábola de "la levadura con la que una mujer fermenta toda la masa" (Mateo 13,33); es decir, un teólogo que hace parte de una Iglesia que intenta ser levadura que anima, ilumina, denuncia, orienta, etc.. Una Iglesia que trabaja con un poco de levadura lo pequeño, lo pobre, lo sencillo, pero bien orientado, preciso.

Seguramente estamos saliendo de un momento histórico en el que las figuras proféticas han tenido un papel reconocible. Sin duda, todavía hay grandes hombres y mujeres, que suscitan un interés en los medios de comunicación, pero son casi siempre "institucionales": Papas, cardenales...

Pero sí hay profetas, personas que dicen una palabra de parte de Dios, anticipándose en el tiempo, y que saben decirla aun a costa de su vida. Ellos son el compromiso de Dios con la historia de la humanidad, y las víctimas que la humanidad crea por ejercer el ministerio encomendado por Dios. Ejemplos de ello

¹⁰⁷ Secularización proviene del latín *seculare*, que significa "siglo" pero también "mundo". De ahí que secular se refiera a todo aquello que es mundano, por oposición a lo divino. Es así como la secularización es el proceso que experimentan las sociedades a partir del momento en que la religión y sus instituciones pierden influencia sobre ellas, de modo que otras esferas del saber van ocupando su lugar. Con la secularización, lo sagrado cede el paso a lo profano y lo religioso se convierte en secular.

y más cercanos a nosotros están Martín Luther King o Mons. Oscar Romero, asesinados por su compromiso profético.

4.1 PERSPECTIVA DEL TEÓLOGO EN DOS MOMENTOS

4.1.1 El teólogo: desde una fe provocada a una fe provocadora.

¡La fe es *conditio sine qua non* de la teología! Esto quiere decir que la fe es el acontecimiento y la historia sin los cuales una persona no puede llegar a ser ni seguir siendo cristiana. Sin este acontecimiento, una persona podrá caracterizarse por cualquiera otras buenas capacidades y cualidades, pero no puede llegar a ser ni seguir siendo teólogo¹⁰⁸.

La fe vivida y provocadora en el teólogo parte de la vivencia de la fe en una comunidad eclesial, pero situada en un contexto sociocultural y geográfico determinados; en este sentido la fe se siente “provocada” por una cultura que puede o no favorecerla. En cualquier caso existe un doble reto: hacer lúcida la fe vivida en la comunidad e inculcar dicha fe, evangelizando la cultura en la que se vive.

Hay otros ámbitos de la vida, mucho más allá de la esfera intelectual, que llegan a tener peso en la valoración, propia y ajena, del trabajo de un teólogo actual. La esfera de la experiencia personal es una de esas dimensiones de la vida... que afecta a los seres humanos directamente y les revela significados que después exige una valoración e interpretación personal, desde la perspectiva de sus aplicación a la vida. Un teólogo ha construido, en su teología fundamental, una reflexión sobre las experiencias humanas, especialmente sobre las experiencias profundas, que llevan a decisiones que transforman el curso de la propia vida y

¹⁰⁸ Cf. BARTH, Karl. Introducción a la Teología Evangélica. Salamanca: Sígueme, 2006. p. 123.

demuestran que dan una unidad coherente a vidas hasta entonces vividas de forma fragmentaria¹⁰⁹.

Es así como el teólogo busca comprender la fe vivida y provocada desde la dinámica que esa misma fe genera, desde su método propio debe llevarle a que esa fe operante y provocadora vivida de forma latente en la comunidad, ahora se vea reflejada, es decir, de una fe provocada por la cultura pasa a ser provocadora que hace que otros quieran experimentar. “De hecho, toda experiencia importante exige una valoración e interpretación que la discierna, y por eso tiene una afinidad inmediata con el trabajo profesional del teólogo”¹¹⁰

Para el teólogo en su quehacer teológico, la cuestión no es si la experiencia de fe puede mejorar su trabajo, sino qué experiencia sería preferible disponer que lo lleve a ser un provocador de la fe. En última instancia, la cuestión se plantea acerca de mi sensibilidad al aspecto experiencial de mi fe y mi vida en la Iglesia y el mundo, donde me encuentro con una amalgama de confusión y significado, de pecado y salvación, de mal y beneficios misericordiosos. “La propia vida de fe del teólogo, su culto y su servicio tiene que quedar incluidos, si no como una fuente estrictamente hablando, al menos como una condición ambiental que afecta a su teología e influye profundamente en ella”¹¹¹.

“Se ha afirmado con frecuencia que una persona tiene que creer para llegar a ser y seguir siendo un teólogo”¹¹². Teniendo en cuenta esta afirmación, podemos decir que es correcta en cuanto una persona que no está “liberada” para la fe, en palabras de Barth, no será capaz de oír, ver o hablar teológicamente, sino que únicamente exhibirá una espléndida simpleza en todas las disciplinas teológicas.

¹⁰⁹ Cf. WICKS, Jared. Introducción al Método Teológico. Estella: Verbo divino, 1998. p. 160 -161.

¹¹⁰ Ibid., p. 161.

¹¹¹ Ibid., p. 159.

¹¹² BARTH, Op. cit., p. 127.

4.1.2 El teólogo en su misión profética de la Iglesia como denunciador de las injusticias.

A lo largo de la historia se puede constatar la presencia de personas (reyes, terratenientes, gobernantes, empresario, etc.) que han dedicado su existencia a la explotación de los más vulnerables, los más pobres, indefensos, aquellos que para la sociedad no cuentan; llevándoles a un estado de subyugación y exclusión casi total. Pero también ha existido la contraparte, es decir, aquellos que han intentado forjar un mundo más justo, más equitativo, equilibrado, arriesgando su propia vida con las denuncias y propuestas que han realizado a favor de los más débiles; buscando ante todo la restauración de la justicia y, la instauración de un reino donde la explotación, subyugación y marginación no tengan cabida. Es así como “los profetas defienden los derechos de quienes en virtud de su desvelamiento, carecen de fuerza para sacudirse el yugo de la opresión”¹¹³.

Es claro que el contexto histórico ha cambiado, que el hombre y la manera de ver el mundo ha evolucionado, pero también es evidente que las mismas injusticias cometidas hace más de 29 siglos siguen operando, incluso en mayor medida que en tiempos pasados: si los grandes terratenientes y funcionarios del pueblo de Israel no cumplían con los preceptos establecidos en los códigos, expropiaban, explotaban y marginaban al pueblo¹¹⁴. Hoy, nos enfrentamos a las mismas situaciones deplorables y humillantes en aquellos que padecen el tormento de ser los elegidos de todo tipo de injusticias, en otras palabras, los escenarios han cambiado, pero la realidad de injusticia sigue talante.

El teólogo, al igual que los profetas del preexilio, está llamado a participar en la construcción del reino de Dios en medio de la humanidad, es decir, a través de su quehacer teológico que es comprendido a partir de su estar, comprender, iluminar la existencia de los demás fieles. Lo cual no se dará si no se toma conciencia de la

¹¹³ SAENZ, Mercedes. Jesús ante los Jerarcas Instalados. En: Revista de Teología Bíblica. Madrid. Vol.8, No. 24 (sep. - dic. 1982); p. 6.

¹¹⁴ Cf. SICRE, José Luis. El profetismo en Israel. Estella: Verbo divino, 1998. p. 97 – 120.

situación extrema a la que han llegado muchos de sus coetáneos que viven en un contexto de pobreza humillante, subyugación, explotación y marginación. Y, así ser voz de los que no tienen voz¹¹⁵, el amigo fiel de los que por su condición de pobreza ha perdido toda esperanza de ser restaurados en su dignidad. “Conocía la situación de pobreza, marginación e injusticia en que están sumidas grandes masas latinoamericanas y de violación de los derechos humanos, la Iglesia en el uso de sus medios (de comunicación social) propios, deben ser cada día más la voz de los desposeídos, aún con el riesgo que ello implica”¹¹⁶.

El teólogo que piensa en su teología como una ciencia, como un saber y, nada más que eso, puede preguntarse cuál es su verdadero aporte a la realidad en su quehacer teológico en esta sociedad actual. Además, no se preocupa, ni mucho ni poco, de las consecuencias que sus investigaciones van a tener en la sociedad en la que vive, en las situaciones concretas que se dan en esa sociedad ya sea en lo político, económico, religioso, cultural. Es posible que ese teólogo sea un sabio eminente. En este caso, el teólogo en cuestión podrá saber con detalles el significado del texto bíblico. Pero se pasará los días y las horas analizando esas cosas (sufrimiento, marginación, pobreza...) sin que le quite el sueño.

Este es el caso típico del teólogo que hace su teología desde el escritorio, es decir, sin tener en cuenta a la sociedad como totalidad. Por ende, su quehacer como teólogo lo lleva a una reflexión un tanto difusa y descontextualizada de la propia realidad. Esto explica “que en la Iglesia haya teólogos que son hombres eminentes en su saber científico, pero que tiene un influencia escasísima (por no decir nula) en la transformación de la realidad que le rodea”¹¹⁷.

Si hoy podemos apelar todavía a la esperanza, es porque sigue habiendo mujeres y hombres que a través de su quehacer teológico no se resignan ni se callan ante el sufrimiento que aplasta a millones de seres humanos. Y estamos seguros de

¹¹⁵ Siguiendo la propuesta de Germán Correa en su obra “la voz de los profetas”.

¹¹⁶ CELAM. Puebla. No. 1094

¹¹⁷ CASTILLO, José María. Dios y nuestra felicidad. 8 ed. Bilbao: Desclée. 2006. p. 102.

que, mientras haya “rebeldía” ante el dolor en el mundo habrá esperanza proclamada por el teólogo que hace suya la dimensión profética. Aún a riesgo de parecer “un falso adivino”, y de ir en contra de la corriente, creo que es posible iluminar dónde está actuando el teólogo (profeta) hoy denunciadore de las injusticias.

Se multiplican las ideologías, precisamente porque son el recurso fácil para hacer las paces con una situación degradada. La sociedad actual, liberal o fundamentalista, nacionalista o globalizadora, necesita ideologizar el estado carente para que parezca organizado y de acuerdo a la mentalidad general. Frente a este cúmulo de mentiras, el anuncio o la denuncia del teólogo desde una dimensión profética cristiana girará en torno a cinco grandes ámbitos.

1. El espacio de la verdad. El mundo contemporáneo padece una generalización y una legitimación de la mentira, es decir, donde cada quien dice y revela aquello que le es favorable. Abundando de alguna manera en las relaciones interpersonales e intergrupales, en el plano de la política, la economía o la educación. La desinformación y la información tendenciosa expanden la mentira apelando a ideologías que desfiguran la realidad. Este panorama plantea un desafío prioritario al teólogo desde su dimensión profética ante las injusticias que están presentes en su contexto.

Para ser verdaderamente profético - denunciador, el teólogo (profeta) del siglo XXI le compete servir a la causa de la verdad, es decir, su misión será anunciar y realizar, tanto la verdad de la Buena Noticia del Reino y su justicia, como denunciar la mentira que se expande por doquier. Esta será su aportación específica en la construcción y renovación de la comunidad cristiana y de la sociedad humana. Para mantenerse fiel en el anuncio y en la denuncia, pese a la

oposición y el riesgo, le incumbe creer en la verdad y en su eficacia para abrir caminos a la justicia¹¹⁸.

Pero no puede contentarse con proclamar la verdad y denunciar la mentira. Si se limita a esto, su discurso corre el riesgo de vaciarse de contenido y perder credibilidad. Por tanto, puede realizar gestos históricos de amor y reconciliación, de justicia y solidaridad, de rehabilitación de los pobres y marginados... Esos gestos serán el servicio más eficaz a la causa de la verdad, la mejor acreditación de la profecía, pues, la verdad no es un mero asunto de conocimiento o de discurso. Es un asunto de vida: una forma de ser y hacer.

2. La profecía en el ámbito de la sobriedad¹¹⁹. Entre las convicciones del profeta, aparece la certeza de ser capaz de acoger el futuro que avanza para discernir en él la voluntad de Dios¹²⁰. Hoy, no faltan informaciones científicas, servicios de prensa y transmisiones televisivas que denuncian las nefastas consecuencias que produce el consumismo de los pueblos occidentales sobre la economía de los países pobres y sobre el mismo equilibrio ecológico mundial: consumo de las fuentes energéticas, desarrollo insostenible, consumo disparado...

3. La profecía de la gratuidad¹²¹. Quien se libera de las riquezas superfluas se siente impulsado por la experiencia de fe del amor de Dios, y sólo se siente gratificado cuando alguien goza de aquello de lo que él se ha liberado. Este gozo de dar es, justamente, lo que llamamos "gratuidad": actitud que brota de la experiencia del Amor creativo de Dios. Por eso podemos decir que la "profecía de la gratuidad" tiene "sus raíces en la experiencia que el creyente hace de Dios. Consciente de que todo se le ha dado, siente la necesidad de expresarse en la gratuidad".

¹¹⁸ Cf. SAENZ, Op. cit., p. 7.

¹¹⁹ DOLORES, Alexandre. Profetas alcanzados y "alterados" por Dios. En: Sal Terrae. Madrid. No. 78. (feb. 1990); p. 94.

¹²⁰ Cf. CASALDALIGA, Pedro. Espiritualidad de la Liberación. Bogotá: Paulinas, 1992. p. 189.

¹²¹ Cf. Ibid., p. 191.

4. La profecía de la multiculturalidad¹²². Cristianos que se excomulgan mutuamente; judíos, cristianos y musulmanes que no cesan de perseguirse ferozmente entre sí; hombres y mujeres que, a pesar de proclamarse creyentes en la dimensión teológica del mundo, viven ignorándose y desconfiando unos de otros... Este es el cuadro de la humanidad a los ojos de un observador que busque con sinceridad una respuesta a la cuestión del sentido de la vida. No deberían ser necesarias muchas palabras para convencernos del escándalo de este cuadro y de la urgencia de que los teólogos (profetas) del siglo XXI apresuren su superación definitiva¹²³.

Precisamente cuando están cayendo algunos "muros" históricos, asistimos a la explosión brutal de nacionalismos y regionalismos particularistas; cuando los movimientos migratorios de alcance inédito están acercando tradiciones y culturas diversas, aumentan los odios raciales y las venganzas étnicas. Ante este cruce de culturas, el profetismo del siglo XXI le atañe asumir el desafío de responder a este reto epocal¹²⁴.

Esta profecía de la multiculturalidad, se trata de una obra inmensa, en cuya realización hay muchos ya contribuyendo: lo hace el político que propone condonar, parcial o totalmente, la deuda internacional de los países menos desarrollados; lo hace la administración municipal que dedica una parte de su presupuesto a acoger a inmigrantes extra-comunitarios que buscan su primer

¹²² Es un concepto sociológico o de antropología cultural. Significa que se constata la existencia de diferentes culturas en un mismo espacio geográfico y social. Sin embargo estas culturas cohabitan pero influyen poco las unas sobre las otras y no suelen ser permeables a las demás. Se mantienen en guetos y viven vidas paralelas. La sociedad de acogida suele ser hegemónica y suele establecer jerarquías legales y sociales que colocan a los otros grupos en inferioridad de condiciones, lo que lleva al conflicto, al menosprecio, a la creación de estereotipos y prejuicios dificultando la convivencia social, siempre en detrimento de los grupos más débiles. En los casos en que exista equidad y respeto mutuo se puede pasar de la multiculturalidad al multiculturalismo.

¹²³ SALAS, Antonio. Los Profetas, heraldos del Dios que actúa. Madrid: Paulinas, 1993. p. 153 - 154.

¹²⁴ Cf. CASTILLO, Op. cit., p. 91.

trabajo y a encaminarlos a trabajos dignos; lo hace esa pareja de occidentales que adopta a un niño asiático o sudamericano que se ha quedado sin padres...¹²⁵

Y ¿qué decir de una sociedad donde se viven las diferencias entre las religiones como "contradicciones", en vez de "contrastos mutuamente enriquecedores"? Una apertura cordial a las instancias de las otras confesiones religiosas -gesto de Juan Pablo II en Asís- no es sólo un gesto profético, que hace visible a todos los pueblos la misericordia infinita del Padre de nuestro Señor Jesucristo, sino también un modo de revitalizar la propia experiencia de fe de los cristianos.

5. La profecía de la sexualidad redimida¹²⁶. La forma de entender y vivir la corporeidad en general y la sexualidad en particular. Frente a una cultura que tiende a reducir el sexo a consumo, a instrumento de éxito o a método de chantaje, el teólogo cristiano desde su dimensión profética le incumbe testimoniar con absoluta firmeza el precioso valor del lenguaje sexual y denunciar los peligros ligados a su inflación.

Frente a esto, el Papa Benedicto XVI hace una relación muy interesante entre *eros* y *ágape*. Del primero habla que es un amor que nace no del pensamiento o voluntad sino que en cierto sentido se impone al hombre. Lo interesante es que dice que este amor erótico es lo que da el "color" a las relaciones, pero que una falsa divinización de este *eros* hace que se pierda su dimensión divina y lo deshumaniza. Es ahí que habla de la importancia del *ágape* para que purifique el *eros* y lo conduzca a ser esa experiencia de lo divino acá en el mundo.¹²⁷

Por otra parte, el teólogo en su quehacer puede reflexionar sobre "la educación en el placer, en la creatividad, en la fiesta". Si no lo hace, su profecía cristiana, aunque sea auténtica, está inevitablemente condenada a la incompreensión en

¹²⁵ Cf. CASALDALIGA, Op. cit., p. 193.

¹²⁶ LÓPEZ, Félix, FUENTES, Antonio. Para comprender la sexualidad. Estella: Verbo divino, 1994, p. 21. Este último ámbito de profecía surge de la reflexión de este texto.

¹²⁷ Cf. BENEDICTO XVI. Dios es amor. Bogotá: San Pablo, 2006. n. 4-5.

terrenos muy decisivos para la formación de las personalidades y para los destinos del mundo. Pues, vaciar el cuerpo de la dimensión de relación intersubjetiva y convertirlo en objeto de desenfreno significa perder de vista la naturaleza de icono de Dios que posee en cuanto templo de la presencia del Señor, la cual funda y da consistencia a la humanidad del hombre¹²⁸. El teólogo le compete mostrar al hombre de hoy que su cuerpo no es un objeto, sino un vehículo por donde puede exteriorizar su amor y descubrir la grandeza de la otra persona que se le entrega.

Teniendo en cuenta los cinco pasos anteriormente mencionados, ¿qué ámbitos el teólogo puede ser profeta hoy? El verdadero teólogo desde la dimensión profética ha de comportarse de acuerdo con los designios divinos hechos historia humana. Es decir, avivar la fe, denunciar las injusticias (ningún profeta podrá permanecer impávido ante las extorciones de una sociedad donde el desprotegido sufre el ocaso de quien detenta el poder), amar a cada persona (quien ama de verdad al prójimo siempre se revelará contra la praxis que generan opresión), servir a la colectividad (jamás un profeta puede defender intereses de grupo)¹²⁹.

Teniendo claro lo anterior, es bueno preguntarnos entonces ¿qué ha de evitar el teólogo? Aunque, a partir de este cuestionamiento, se desprenda muchos más elementos de los que el teólogo ha de estar alerta, mencionaremos sólo dos. El primero, es la valoración abusiva de lo humano, es decir, querer sufrir lo que el otro está sufriendo como si eso aliviara su condición (se rige por un presunto compromiso con el hombre, cuyas dolencias pretende aliviar). El segundo, es la valoración excesiva del yo del teólogo mismo, es decir, un afán de protagonismo (se sirve de su labor para colmar sus propias aspiraciones, las cuales catalizan toda su actuación. Afán de figurar y ganar popularidad con sus grandes

¹²⁸ Cf. VIDAL, Marciano. Sexualidad. Diccionario de Teología Moral. Madrid: San Pablo, 1992. p. 1686.

¹²⁹ Cf. SALAS, Op. cit., p. 1151 – 152.

elucubraciones, pues se siente muy bien el que le digan ¡qué bien escribe! Todo lo sacrifica a sus propios objetivos)¹³⁰.

3. 2 TENSION ENTRE: EL SER PROFETA Y EL SER TEÓLOGO EN LA SOCIEDAD DE HOY

Ya hemos visto como el profetismo no se encerró en los puros resortes religiosos, sino que su compromiso con el que sufre, se hizo presente en otros ámbitos en los que también estaba el dolor, marginación, opresión, desigualdad... que hunde en momentos sus raíces en el comportamiento injusto de una sociedad que presume defender a cuantos la integran.

Es lógico, pues, que el profetismo englobara en sus denuncias tanto el poder religioso como el civil: ambos - ¿cuándo no? – tenían mucho que ocultar por conveniencia. Lo cierto es que el poder siempre acaba corrompiendo, hoy lo mismo que ayer. Por ello conservan su actualidad los profetas. De esta manera, cuando los profetas del pueblo de Israel, se atrevían a denunciar, ejercían su dimensión crítica frente al orden o desorden establecido, proyectando entonces su denuncia a todos los ámbitos de la vida religiosa, social, económica, política y cultural¹³¹.

Sin duda alguna, los profetas defendieron con tesón los derechos del desvalido. Pues, el profeta se encuentra con el sufrimiento humano y no se calla. Por eso, los profetas de Israel, en este caso los del preexilio, a la vista de los grandes sufrimientos y miserias de aquel pueblo, reaccionaron inmediatamente con palabras de consuelo y esperanza, pero también con palabras de denuncia. Es así como los profetas denunciaron a los reyes, ricos e incluso a los sacerdotes. Un conocedor de estos temas; José Luis Sicre, ha dicho con razón que las relaciones

¹³⁰ Ibid., p. 153 – 154.

¹³¹ Cf. GONZÁLEZ LAMADRID, Antonio. Comentario al Nuevo Testamento. Navarra: Casa de la Biblia, 1997. p. 14.

entre los profetas y demás personas que obraban injustamente siempre fueron difíciles¹³².

Sin embargo, ¿acaso hay menos pobres e injusticias hoy? Honradamente creo que no. Entonces, ¿qué aportación nos ofrece el profetismo hoy en una sociedad secularizada? Teniendo en cuenta lo anterior, no deja de cuestionarnos ¿qué queda en la India de los esfuerzos de Gandhi por suprimir el hambre de los pobres en aquel inmenso país? ¿Qué resultados ha dado, para los negros del mundo entero la valentía y muerte de Martín Luther King? ¿Qué queda de la teología de la liberación y sus promesas de mediar el sufrimiento de los crucificados de la tierra? ¿En qué ha cambiado la situación de los pobres, en Centroamérica, después del asesinato de Monseñor Oscar Romero? Estos y otros más cuestionamientos podrían suscitarnos hoy¹³³.

Lo cierto es que el teólogo (profeta) con sus denuncias y sus utopías, resulta inquietante y porque contesta, el profeta irrita, desestabiliza, derrumbando las falsas seguridades y esperanzas. Esto es tal vez una respuesta a los cuestionamientos anteriores. Es así como “el profetismo bíblico jamás permaneció inerte ante el oleaje de injusticias que iba sacudiendo al pueblo. Sería falso presentarlo como opuesto sin más a todo módulo estructural”¹³⁴.

También el profetismo se configura en unas personas que viven con enorme intensidad la vida terrena: ven las mismas cosas con ojos distintos; no dicen palabras diferentes (sólo son distintas para aquellos que las desconocen), sino que perciben y expresan el sentido latente del lenguaje común; no son personas que buscan y prefieren la ruptura, aunque la traiga consigo, sino que sólo se resignan a ella (ruptura) después de haber buscado incansablemente la comunión con el mundo.

¹³² Cf. CASTILLO, Op. cit., p. 97.

¹³³ Cf. Ibid. p. 91.

¹³⁴ SALAS, Op. cit., p. 142.

La deficiencia o insuficiencia de profetas puede estar ocurriendo debido al miedo a quedar marginados de los centros de poder (estatales o eclesiales); a quebrar tradiciones enmascaradas como “tradición”; a perder el favor de las mayorías y, consiguientemente, a no ascender en la escala del éxito. Todo esto a partir de su denuncia por medio de libros, periódicos, cátedras, etc. Con esto no queremos dar a entender que nos referimos a teólogos, o mejor, a que el teólogo encarne la dimensión profética desde una concepción de izquierda no eclesial.

En esta tensión del teólogo con el profeta encontramos algunos rasgos importantes que podrían ayudarnos a unir puntos comunes en los que el teólogo desde una dimensión profética podría incorporarlos y hacerlos vida en su quehacer teológico. Por ende, los rasgos que podría asumir el teólogo (profeta) en la actualidad son:

a) Saber escuchar y leer la historia. El primer rasgo de discernimiento es la capacidad del "profeta" de escuchar y de leer la historia; de aprender, además de enseñar; de recibir y acoger, además de pronunciar denuncias y consejos. Y hablo de escuchar y leer la historia, no porque me olvide de que el profetismo, ante todo y esencialmente, tiene que hacerse oyente de la palabra de Dios, sino porque asumo lo que dice el autor de Hechos de los Apóstoles cuando afirma que Dios habla tanto en el silencio de la meditación como a través de los labios de la asamblea (Cf. Hech 15,1-35).

El profeta, después – sin que ese después signifique dicotomía – escucha al pueblo real, su clamor, sus necesidades y aspiraciones. Para hablar a Dios por el pueblo; para hablar a los nuevos reyes y para hablarle al pueblo mismo en sintonía histórica y eficaz, lo primero que debe hacer. Lo primero que debe hacer un latinoamericano, consciente y consecuente, como tal y con sentido cristiano, es conocer de verdad y por convivencia diaria a su propio pueblo¹³⁵.

¹³⁵ CASALDALIGA, Op. cit., p. 190- 191.

El profeta que hoy pretenda encerrarse en una relación intimista y exclusiva con Dios, jactándose de una comunicación particular con Él, o es un profeta de mala fe o sufre de mala salud mental, pues, el verdadero profetismo es consciente de que pertenece al "Dios del pueblo" y simultáneamente al "Pueblo de Dios", y es en la confluencia de esta doble experiencia, donde salta la chispa de la revelación¹³⁶.

b) Ser coherentes. Obviamente el segundo rasgo será el de la coherencia entre la palabra pronunciada y las opciones personales. Esto no significa que no cometa errores y pecados, pues no está exento de debilidades. Pero, no podrá estar inmunizado ante la incongruencia de un anuncio que no coincide con su propia realidad cotidiana.

No olvidemos que los profetas "son", antes de hablar; más que su palabra es su testimonio lo que se convierte en signo distintivo. En esta óptica de "coherencia" existencial son importantes las cuatro siguientes actitudes: la lealtad a su vocación; el respeto a la dignidad de los otros; su actitud no violenta o el desapego de los beneficios que pueden derivarse de la propia misión¹³⁷.

Porque puede pasar que su anuncio o denuncia se convierta en un profetismo de opiniones personales. O, profetas del grito y la proclama, es decir, mucho slogan, mucha propaganda y buena representación. Y, por ende, su coherencia de vida (entiéndase aquí su coherencia a la vocación como teólogo y su coherencia en sus quehacer teológico) no es algo que haya dado pautas para transformar su vida, sino algo que ha acomodado a su manera de querer vivir.

El profetismo nunca ha podido tolerar las medias tintas. Los profetas son rectilíneos en su pensamiento y actuación. Saben jugar limpio siempre, son sinceros con ellos mismos, aceptando las consecuencias de la sinceridad en un mundo lleno de hipocresías. Porque la sinceridad del profeta es el mejor criterio para sus contemporáneos¹³⁸.

¹³⁶ Cf. CASTILLO, Op. cit., p. 29.

¹³⁷ Cf. BERZOSA, Op. cit., p. 206

¹³⁸ SALAS, Op. cit., p. 146.

Además esa coherencia lo ha llevado a ser alguien “trastornado por el mensaje” recibido, es decir, primero cambia su vida y se convierte en otro hombre. Dice lo que jamás ha pensado y siempre ha tenido miedo de decir. (Permite dejarse llevar por el Espíritu y le deja actuar). Ante este dejarse llevar y ser trastornado por el mensaje tenemos como ejemplo las vocaciones de Amós, Isaías, Jeremías, Ezequiel. En todos los casos hay una “ruptura” con el hombre que era, con la vida que hacía. “El que no cambia en su alma antes de profetizar, no es profeta”¹³⁹.

c) Una mirada política y universalista¹⁴⁰. Hoy el teólogo (profeta) puede afrontar la realidad política. Su mensaje es tanto más creíble cuanto más lúcidamente consigue iluminar, no sólo las responsabilidades individuales, sino también los mecanismos sociales perversos. Dicho en términos equivalentes, no sólo los pecados, sino también las “estructuras” en las que se sustentan.

La actuación del profeta moderno no puede quedarse sólo en la denuncia¹⁴¹, pues, “el profeta no se contenta con dar explicaciones satisfactorias de todo aquello que necesita ser explicado. El profeta, además de dar explicaciones satisfactorias, tiene otras preocupaciones”¹⁴². Su tarea es también la de promover gestos renovadores, tanto a nivel individual como social, económico o cultural. El profetismo siempre corre el riesgo de hacerse miope. Bajo la certeza de “pertenencias sacrosantas” puede perder de vista que su propia identidad es la de ciudadano del mundo real en el que está.

Aunque el profeta en ocasiones corre el riesgo de hacerse miope ante la realidad que le rodea, el profeta es alguien que busca la salvación, no la crítica por criticar (entiéndase aquí la crítica como denuncia) y menos la crítica por el placer de hacer daño al denunciar.

¹³⁹ Ibid., p. 151.

¹⁴⁰ Cf. SALAS, Op. cit., p. 143

¹⁴¹ Cf. CASTILLO, Op. cit., p. 101.

¹⁴² Ibid.

El profeta no se siente valiente al profetizar, pues, la vida del profeta es siempre dura. Por eso se pasa la vida tratando de huir de su vocación, a veces de modo espectacular como Jonás, pero en todos los casos percibe la mano de Dios que le “obliga”, que no le deja jamás escapar¹⁴³.

Son inevitablemente incomprendidos, en términos de Norbert Lohfink “algo extraños, peculiares, inusuales”¹⁴⁴ por los jefes, los reyes, los sacerdotes y el mismo pueblo. Es así como Elías no encuentra a muchos que le comprendan; el aislamiento de Jeremías es completo; se ve solo contra el mundo; Ezequiel escandaliza al pueblo. No existe un profeta demagogo¹⁴⁵.

d) Es alguien invadido por Dios y tiene un mensaje de su parte. Este mensaje se ha hecho centro de su alma, de su vida. Es un puro órgano transmisor y se ha convertido en un mero instrumento de Dios. El profeta es el obediente por excelencia. La salvación que aporta nunca será suya, por eso no hay profecía si ésta no va precedida por un radical conocimiento experimental de Dios.

Por ende, habla en lugar del Otro, es decir, de Dios, se siente altavoz (el teólogo) de Dios y hace suyo el "pathos" (se refiere al “sentimiento” que un orador pone a su discurso con el propósito de suscitar las emociones del oyente) de Dios. Por supuesto, esto no puede producirse sin que se realice una alteración que posibilita la identificación con los deseos de Dios (ver la biografía de Mons. Romero), hasta ser capaces de empezar sus amonestaciones con "esto es palabra de Dios".

Al estar invadido por Dios lo lleva a hablar abiertamente, pues, la enorme carga del profeta es que "no puede guardarse para sí su experiencia de Dios". Es el místico para los otros. Y gracias a esa experiencia es capaz de transmitir una palabra poderosa, capaz de construir y destruir. Nada que se oponga al plan de

¹⁴³ Cf. SICRE, Op. cit., p. 19.

¹⁴⁴ LOHFINK, Norbert. ¿Dónde están los profetas hoy? En: Selecciones de teología. Barcelona. Vol. 28, No. 112 (oct – dic. 1989); p. 360.

¹⁴⁵ Cf. SICRE, Op. cit., p. 107- 108.

Dios sobre el pueblo se queda sin denunciar, sean grandes corrupciones o pequeñas faltas.

En conclusión, el ser teólogo desde una dimensión profética hoy equivale a ser consciente de los retos y problematidad que le rodean. De igual manera sería aquel miembro de la Iglesia (teólogo católico), que requiere un acto de coraje, riesgo y a la vez ruptura de aquellas estructuras que desvirtúan la imagen del hombre creado a imagen de Dios. Ser profeta es llevar la cruz con esperanza, como “Cristo profeta”. No se concibe un profetismo en el hoy de América Latina, que sea anuncio vacío, espiritualismo desencarnado, descontextualizado de la realidad, carente de testimonio y las demás características que en el capítulo primero y segundo se desarrollaron, es decir, como el ser orante, fiel, humilde, mistagogo, testigo de la vida.

CONCLUSIONES

Como se plantea en la introducción de éste trabajo de investigación, el objetivo que se persiguió a lo largo del mismo fue el de identificar elementos que caracterizan al teólogo desde una dimensión profética. Además, tomar algunos de estos elementos propios del profeta (anunciar y denunciar), e identificarlos con el teólogo latinoamericano en su quehacer teológico del siglo XXI. Con la finalidad de que el teólogo pueda dar respuesta a los problemas actuales a partir de las fuentes de una teología moderna iluminada desde el Magisterio y publicaciones de diferentes teólogos que enriquecieron dicho trabajo. Y habiendo alcanzado los logros propuestos en la realización del proyecto de investigación, hemos llegado a las siguientes conclusiones:

En la primera unidad se definió lo que significa ser teólogo hoy en América Latina y cuál es su quehacer en el siglo XXI, en el que se señaló que el teólogo es un creyente insertado en la Iglesia y un creyente (me refiero al teólogo católico) que comparte la visión y esperanza transmitidas por la fe de la Iglesia. Además, el teólogo es un hombre de fe (aunque en momentos pasa por crisis), científico y eclesial (pero con pensamientos y actuaciones que no comparte), y al igual un dialogante y presentador del mensaje a los hombres de su tiempo, presenta posibles soluciones a las problemáticas con un tinte de esperanza.

De igual manera, se llegó a la conclusión en esta primera unidad que el teólogo por su mismo quehacer teológico se entrega al estudio de un acontecimiento que hunde sus raíces en el pasado, que como hijo de su tiempo, cargado de las provocaciones y tensiones del presente, produce instrumentos para que ese acontecimiento sea comprensible y significativo para el mundo de hoy. En otras palabras, es un teólogo que según el método científico propio de la teología, le levanta a dar una posible respuesta a la realidad propia de su tiempo.

En definitiva, el teólogo de hoy, inmerso en nuevas líneas de investigación le permiten que descubra en su quehacer teológico un discurso que sea más objetivo y más plural, es decir, que entre en diálogo permanente con otras disciplinas, permitiendo que no acapare sus objetos científicos sino que permita la entrada de otros elementos disciplinarios en su quehacer teológico, adquiriendo una visión más precisa de la realidad a la que él como profeta está llamado a intervenir.

En la segunda unidad, se abordó el teólogo (profeta) a la luz del documento de Aparecida en el que se hizo referencia a algunos momentos por lo que atraviesa la sociedad en la actualidad. Llegando a la conclusión que los teólogos deben sentirse interpelados a discernir los “signos de los tiempos”, por muy difíciles que sean, a la luz del Espíritu Santo en esta sociedad globalizada y postmoderna. La lectura de los “signos de los tiempos” que consiste en discernir la presencia y la actividad de Dios en los acontecimientos actuales de la historia presente, tratando de dilucidar los problemas y las oportunidades para dar respuestas adecuadas a la luz del Evangelio.

Es así como se constata en esta unidad, que el teólogo inmerso hoy en la realidad, lo lleva a mantener una visión amplia de la misma y de las ciencias para no sentirse un extraño y por ende, la inteligencia de su fe lo hace cada vez más consciente de la belleza, de la verdad y de la bondad de su historia y de su contexto, y al mismo tiempo, por su capacidad de admiración, se permite valorar lo bueno presente en el medio donde vive desarrollando una mirada crítica frente a los peligros amenazantes del ser humano.

En el tercer capítulo, se constata que una posible respuesta de lo que debe ser la dimensión profética del teólogo en una sociedad secularizada es precisamente su coherencia entre lo que dice creer y en lo que a partir de su academia se logra entrever en su quehacer teológico; ya que como algo normal de su humanidad y en medio de su academia se siente atraído por ser alabado, reconocido, aplaudido... que cada vez más hacen que se aparte del verdadero significado de

su quehacer teológico, es decir, el figurar, el creerse el dueño de la verdad y por eso manipular su discurso de acuerdo a su conveniencia es lo que vemos hoy como peligros para el teólogo.

Es claro que el contexto histórico ha cambiado, que el hombre y la manera de ver el mundo ha evolucionado, pero también constatamos que las mismas injusticias cometidas hace más de 29 siglos siguen operando, y que el teólogo sigue en la actualidad manejando un discurso fuera de la realidad, es decir, nos referimos al caso típico del teólogo que hace su teología desde el escritorio, por ejemplo un Leonardo Boff que comenzó con una euforia en hacer parte de grupos revolucionarios (no quiero decir con esto que el teólogo lo haga) y por ende, estar, luchar, acompañar, proteger al pobre, pero posteriormente lo vemos en su mansión elaborando su discurso teológico, desconociendo en gran medida la verdadera realidad. Por ende, su quehacer como teólogo lo lleva a una reflexión un tanto difusa y descontextualizada de la propia realidad. Esto explica que en la Iglesia haya teólogos que son hombres eminentes en su saber científico, pero que tienen una influencia escasísima (por no decir nula) en la transformación de la realidad que le rodea.

Finalmente, después de haber presentado un acercamiento a la dimensión profética del teólogo en América Latina, surgen algunos interrogantes que se podrían tener en cuenta como continuación de esta investigación. Algunos de ellos son: si en realidad Dios es quien habla en la teología a partir de la experiencia y reflexión de la PALABRA, ¿cómo el teólogo puede presentar su mensaje por medio de palabras significativas y un testimonio de vida que lleven a compromisos y acciones cristianas en una sociedad secularizada? ¿Cuáles deben ser las características de un teólogo desde su dimensión profética para que hable en nombre de Dios, y no en búsqueda de elogios personales? Por último, ¿qué ventajas culturales puede tener un teólogo que desde una visión universal comprenda a la luz del Evangelio las implicaciones socioreligiosas de los fenómenos contemporáneos actuales?

BIBLIOGRAFÍA

AUZA, Néstor. El Éxodo de los pueblos. Vol. IV. Bogotá: CELAM, 1994. 459 p.

ANDRADE, B. Cuéntanos tu experiencia de Dios. Reflexiones sobre el Dios cristiano. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2001. p. 34.

BARTH, Karl. Introducción a la Teología Evangélica. Salamanca: Sígueme, 2006. 240 p.

BENEDICTO XVI. Dios es amor. Bogotá: San Pablo, 2006. No. 4-5. 112 p.

BERRIO, Mary. Paz para el desarrollo y desarrollo para la paz. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 746 (jul. 2008); 82 p.

BERZOSA, Raúl. Hacer teología hoy. Madrid: San Pablo, 1994. 258 p.

CASALDALIGA, Pedro. Espiritualidad de la Liberación. Bogotá: Paulinas, 1992. 323 p.

CASTILLO, José María. Dios y nuestra felicidad. 8 ed. Bilbao: Desclée. 2006. 236 p.

GS. Madrid: BAC, 1973. No. 44.

CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO. Derechos humanos. Desplazados por violencia en Colombia. Bogotá: Kimpres, 1995. 160 p.

_____ Puebla. No. 1094. Bogotá: CELAM, 1994.

_____ Rio de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo. Bogotá: CELAM, 2001. 823 p.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. El Don de la Verdad: Vocación Eclesial del Teólogo. Madrid: Palabra, 1993. 159 p.

CORREA, Germán. La voz de los profetas. 2 ed. Bogotá: universidad santo Tomás, 1999. 280 p.

DAVILA, Ricardo. El sistema de economía solidaria. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 746 (jul. 2008); 82 p.

DENIS, Henri. Teología ¿para qué? Bilbao: Desclée, 1981. 281 p.

DOLORES, Aleixandre. Profetas alcanzados y “alterados” por Dios. En: Sal Terrae. Madrid. No. 78. (feb. 1990); 175 p.

DULLES, Avery. El Oficio de la Teología: del símbolo al sistema. Barcelona: Herder, 2003. 241 p.

DUQUOC, Christian. El destierro de la Teología. París: Mensajero, 2006. 312 p.

GARCÍA, Javier. Consagradas Escrituras: Sobre el papel del teólogo y la teología para hacer historia con sentido y ciudadanos libres. Madrid: Machado libros, 2002. 254 p.

GEREST, C. Existencia Cristiana del Teólogo. T. 3. Madrid: Cristiandad, 1971. 454 p.

GONZÁLEZ LAMADRID, Antonio. Comentario al Nuevo Testamento. Navarra: Casa de la Biblia, 1997. 538 p.

J. RATZINGER. Introducción al Cristianismo. Salamanca: Sígueme, 1987. 257 p.

KUHN, Tomás. La estructuras de las revoluciones científicas. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2000. 354 p.

_____ El cristianismo: Jesús es capaz de impactar en el mundo de hoy. 3 ed. Madrid: Trotta, 2004. 842 p.

LÓPEZ, Félix, FUENTES, Antonio. Para comprender la sexualidad. Estella: Verbo divino, 1994, 291 p.

MARDONES, José Luis. La vida del Símbolo. Santander: Sal Térrea, 2000. 279 p.

MORIN, E. Ciencia con conciencia. España: Anthropos, 1982. 387 p.

PABLO VI. Populorum Progressio. 18 ed. Bogotá: Paulinas, 1994. No. 43. 107 p.

PÉREZ, Miguel. Historia de la Biblia. Madrid: Trotta, 2006. 359 p.

RICOEUR, Paul. Tiempo y Narración. 3 ed. México: Sígueme, 2003. 945 p.

RÍOS Y VALLES, F. Jóvenes urbanos de inicios del siglo XXI. México: Salamanca, 2007. 291 p.

SAHAGÚN, Juan. Dios: horizonte del hombre. Madrid: BAC, 1994. 247 p.

SALAS, Antonio. Los Profetas, heraldos del Dios que actúa. Madrid: Paulinas, 1993. 159 p.

SICRE, José Luis. El profetismo en Israel. Estella: Verbo divino, 1998. 572 p.

TILLICH, Paul. Se conmueven los cimientos de la tierra. Nueva York: Ariel, 1968. 250 p.

V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE. Bogotá: San Pablo, 2007. 311 p.

VIDAL, Marciano. Sexualidad. Diccionario de Teología Moral. San Pablo, Madrid 1992. 1023 p.

WICKS, Jared. Introducción al Método Teológico. Estella: Verbo divino, 1998. 176 p.

WINLING, R. La teología del siglo XX. Salamanca: Sígueme, 1987. 412 p.

ZAMORA, José. Ciudadanía, multiculturalidad e inmigración. Estella: Verbo divino, 2003. 316 p.

REVISTAS

BENEDICTO XVI. Obediencia a la Verdad: Homilía de Benedicto XVI durante la misa con los miembros de la comisión teológica internacional. En: L'osservatore Romano, Roma. (6, oct, 2006); p. 5B, c. 5.

LOHFINK, Norbert. ¿Dónde están los profetas hoy? En: Selecciones de teología. Barcelona. Vol. 28, No. 112 (oct – dic. 1989); 186 p.

MARÍN, Jorge. Decálogo del Teólogo. En: Oslam, Bogotá. No. 52 (ene- jun. 2008); 82 p.

MÚNERA DUQUE, Alberto. Ética y desarrollo. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 746 (jul. 2008); 289 p.

PÉREZ MARTÍNEZ, Manuel. Los espacios rurales y urbanos. En: Javeriana. Bogotá. Vol. 144, No. 744 (may. 2008); 76 p.

RAMÍREZ AGUIRRE, Jorge. Las tendencias de la teología en América Latina. En: Cuestiones Teológicas y Filosóficas. Medellín. No. 62. (1997); 157 p.

SAENZ, Mercedes. Jesús ante los Jerarcas Instalados. En: Revista de Teología Bíblica. Madrid. Vol.8, No. 24 (sep. - dic. 1982); 139 p.

INTERNET

BENEDICTO XVI. Discurso en la Universidad de Ratisbona: Fe, razón y universidad. Martes 12 de septiembre de 2006. En: <http://www.zenit.org/article-20352?l=spanish> (consulta día 10 de septiembre 2008).

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE. 1989. El teólogo y su función en la Iglesia. 20 de octubre de 1989. En: [www.conferenciaepiscopal.es/doctrina/rtf/EL%20TEÓLOGO %20Y% 20 SU%20 FUNCIÓN %20EN%2](http://www.conferenciaepiscopal.es/doctrina/rtf/EL%20TEÓLOGO%20Y%20SU%20FUNCIÓN%20EN%20) (consulta 10 de septiembre 2008).

JUAN PABLO II. Discurso en la Universidad Gregoriana. 15 de diciembre de 1979. En: www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/index_sp.htm-12k- (consulta día 22 de septiembre 2008).

LÓPEZ, Ángel. 14 de enero de 2005. En: http://www.almendron.com/política/pdf/2005/spain/spain_1835.pdf. (Consulta 9 septiembre de 2008).

TÁMEZ, Elsa. Migración y desarrollo en la Biblia. En: [http://justiciaypaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/ Realidades %20 Sociales/MIGRACION%20Y%20 DESARRAIGO%20EN%20LA%20BIBLIA.pdf](http://justiciaypaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/Realidades%20Sociales/MIGRACION%20Y%20DESARRAIGO%20EN%20LA%20BIBLIA.pdf). (consulta día 24 de octubre de 2008).